Algún que otro sueño convertido en papel

Parte I

Oriana D. Castillo

Autor: Oriana D. Castillo

Algún que otro sueño convertido en papel

Parte I

Algún Que Otro Sueño Convertido En Papel Parte I, es un grupo de relatos cortos en los que la mujer, la naturaleza y la música tienen un papel protagonista. Un pintoresco recorrido por lugares fantásticos acompañados de personajes muy particulares, en los que el tiempo y el espacio como tal, son independientes.

Autor: Oriana D. Castillo



Marie y su reluciente Chelo

Había llovido y ya era de noche. Hacía frío, pero no demasiado. El cielo estaba despejado, la luna brillaba y en el ático se escuchaba música. Algunos vecinos de la calle se extrañaban al oír la música sin parar durante tantas horas. Desde abajo se veía una luz muy tenue encendida. No era un edificio muy alto, no se veían personas en la terraza, no se veía nadie saliendo del edificio. Sólo se escuchaba música clásica casi ininterrumpidamente y las brevísimas pausas duraban apenas algunos segundos.

En el ático no había más movimiento que el de Marie. Altísimos techos, paredes blancas y una escalera negra y gris que subía a la habitación. La biblioteca, cerca de la escalera, estaba repleta de libros de música. Cientos de libros que pesaban tanto, que en cualquier momento la librería se vendría abajo. Arriba, se veían partituras esparcidas por el suelo de toda la habitación, a causa del frío viento que entraba por la ventana abierta que daba a la terraza.

Marie era incapaz de parar. En tan sólo unas horas había compuesto esta aterradora, magnífica y oscura obra. Marie llevaba una camisa blanca llena de manchas. El chelo estaba intacto, sin embargo, su camisa y su rostro, eran un desastre. Llevaba dos noches seguidas sin dormir.

- 'Esta nota no encaja en la composición ¡Argh!. Necesito volver a afinar. Alexander ¿Te gusta? ¡Alexander!'-

Pero hacía varias horas que Alexander no estaba allí.

La bellísima Marie continuaba tocando su reluciente chelo; repetía obsesivamente la obra, con las partituras en frente, manchadas con algunas gotas de sangre que habían salido de sus manos. Llevaba tantas horas tocando el chelo, que las manos le empezaban a sangrar. No parecía sentir ningún dolor, ni sed, ni necesidad de descanso, su boca estaba seca y sus labios agrietados.

Marie, se trasladó súbitamente a una dimensión imaginaria, no aceptando la realidad. Cabeceaba de rato en rato, víctima de un cansancio que no quería reconocer. Exaltada después de cada cabezazo, paraba un segundo y le gritaba a Alexander.

–'Alexander ¿te gusta? ¡Necesito saber si te gusta!'-.

Pero Alexander no respondía, no podía hablar. Él, había estado leyendo el periódico. Allí había sucedido sin que nadie pudiera remediarlo. Marie jamás aceptaría los hechos. Alexander se encontraba a su lado, en el sofá. En el sofá yacía su cuerpo, con algunos periódicos encima de su cara, acostado y ya cadáver. Marie no aceptaría

Autor: Oriana D. Castillo

esta realidad. De momento, ella sólo quería comprobar que su obra estuviera perfectamente ejecutada…

57

I

Al principio la idea de visitar este tipo de poblados a Clementine le repugnaba. ¿Qué podía admirarse en un lugar devastado por la guerra y olvidado por el mundo? Vivian y Sebastián sin embargo no lo dudaron en ningún momento, así que con dos votos a favor y uno en contra, ya estaba decidido el plan. Además, hicieron un esfuerzo extra por convencer a Clementine de que sería una gran experiencia poder admirar este paraje que, aunque fue escenario de un episodio bélico terrible, conservaba una parte importante de la historia, era algo que valdría la pena admirar.

Con el nerviosismo que la caracterizaba, Clementine comprobó que las bicicletas estuvieran bien montadas, entró en el coche y lo arrancó llamando a sus amigos con vehemencia. Insistía mucho en que vinieran porque Sebastián y Vívian solían ser demasiado lentos para prepararse antes de salir y le desesperaban. Siempre que iban a preparar sus maletas, interrumpían cada cinco minutos para fumar un cigarro o para tomarse una cerveza, y lo que podía llevarles un rato se convertía en horas de espera.

Estando ya completamente convencida por todo lo que le habían contado, dentro del coche Clementine amenizaba el viaje con las canciones de Biffy Clyro a todo volumen, repetía sobre todo un tema muy especial para ella, '57', con el que estaba obsesionada. De rato en rato, Vivian suplicaba que bajara un poco el volumen o que cambiara al menos el cd, pero Clementine y Sebastián fingían no escuchar, con lo cual la única opción que le quedaba era disfrutar del hermoso paisaje a través de la ventana y reírse de las poco afinadas voces de sus dos amigos que cantaban apasionadamente.

Salieron de Salamanca ese jueves hacia la carretera que pasa por Madrid y pararían en Fuentes de Ebro, concretamente en Rodén Viejo, con la intención de admirar las ruinas, culminando en Caspe para pasar allí unos tres días. Iban dispuestos hacer piragüismo, senderismo y alguna ruta en bicicleta, para luego volver a Salamanca el domingo por la tarde.

Sobre las doce de la noche, después tres horas de camino, decidieron parar a echar gasolina, no habían cenado y empezaban a desfallecer de hambre. Entraron al bar. Al alzar la vista vieron el cartel y les parecía que habían visto un ángel. Los tres se

enfocaron en el mismo punto: Bocadillo de Queso de cabra, tomate asado y cebolla caramelizada. Era tan grande el trozo de pan, que tal vez no necesitarían volver a comer en las próximas veinticuatro horas. En unos diez minutos habían devorado su tardía cena y después del correspondiente cigarro, volvieron a la carretera.

Aproximadamente una hora más tarde pararon en el pueblo viejo de Rodén. Dejaron el coche en la esquina de la calle Mayor, justo antes de la colina y decidieron subir a pie. Se encontraron con los restos del pueblo, del castillo, de la iglesia; edificaciones totalmente abandonadas, atormentadas por las batallas y por el tiempo, un paisaje protagonista de una profunda desolación que hacía sentir escalofríos, sensaciones muy extrañas, tanto que parecía mejor salir corriendo sin esperar. En algunos momentos era necesario usar la linterna al adentrarse un poco en las ruinas. Cada piedra caída, cada centímetro de hierba que crecía entre esas piedras emanaba un olor a lágrimas, evocaba ráfagas de imágenes en sus mentes minuto a minuto. Clementine tan fascinada como aterrada, propuso salir de allí, pero sus dos amigos insistieron en completar la visita.

La zona de las ruinas no era demasiado grande, sin embargo, tardaron un largo rato en recorrerla. Sobre las tres de la madrugada, decidieron reanudar el camino a Caspe. Antes de arrancar el coche, Clementine sintió un profundo cansancio, Vivian y Sebastián también estaban exhaustos. La verdad es que el día había sido largo, y por precaución decidieron dormir lo que quedaba de noche dentro del vehículo.

Después de unas horas cuando empezaba a amanecer, Sebastián despertó asustado al sentir que el coche se movía solo, en descenso por la calle Mayor. Vivian y Clementine dormían profundamente mientras él hacía todo lo posible por frenar el coche, y finalmente lo logró justo antes de colisionar con un grupo de personas que estaban en la esquina, en circulo sentados alrededor de una fogata. Los tres bajaron de prisa del coche intentando pedir disculpas, sorprendidos sin explicarse cómo había sucedido. Tardaron unos minutos en percatarse de que nadie les estaba escuchando ni mirando. Se alejaron poco a poco de este punto muy asombrados y mientras caminaban dejándoles atrás, observaron que en varios puntos no muy distantes había soldados enfrentados. Disparos se escuchaban y se veían ir y venir. Cañones, gritos, trozos de casas salían volando, explosiones, llantos, la desesperación era indescriptible.

Sin darse cuenta, se habían metido en una zona de guerra, pero al caminar, pasaban a través de las personas, a través de las balas como si fueran fantasmas,

como si fuese una visión irreal, una alucinación. Sin embargo, parecía que en cualquier momento alguna bala les atravesaría de verdad y por ello decidieron esconderse. A veces todo parecía tan real. Empezaron a correr sin parar, veían caer gente muerta a los lados, siguieron un largo rato sintiéndose impotentes, ya que nadie les podía ayudar porque no los escuchaban ni los veían. Finalmente llegaron a un lugar que parecía algo seguro. Era una especie de muro, que en ese momento estaba alejado de la batalla 'fantasma' y podrían esconderse de esos mismos soldados que no los veían, aunque estuviesen a su lado.

Después de unos largos minutos escuchando las sirenas de guerra y cuando pensaban que no soportarían un segundo más, se dieron cuenta de que los tanques, los vehículos de combate y las tropas, empezaban a replegarse, muchos corrían y otros iban dentro de los vehículos. Vivian, Sebastián y Clementine no sabían si seguir adelante o intentar volver a donde habían aparcado. Vivian miró hacia atrás intentando alcanzar a ver ese punto, pero absolutamente todo el escenario seguía siendo hostil, ya no había nada parecido a la calle Mayor con sus casas y sus esquinas, no estaba el coche, ni las personas que cantaban alrededor de la fogata. La imagen era desoladora, atemporal, no podían saber en qué lugar exacto se encontraban ni imaginarse que sucedía. ¿Por qué así? ¿Por qué ahora? ¿Y qué sería lo siguiente?

II

Sin importar lo que pudieran arriesgar, decidieron intuitivamente correr hacia una casa de dos plantas que no estaba tan destrozada como las demás, donde pensaron refugiarse con la esperanza de que todo fuera una absurda pesadilla de la que en breve despertarían, aunque en el fondo sabían que no sería así. Ya dentro del lugar, y notando la calma y el silencio en las calles cercanas, decidieron explorar cada rincón. La casa era grande y sin duda debió haber sido impresionante antes de la guerra. Dos plantas, amplios salones y habitaciones, muchos juguetes y muñecas rotas que alguna vez estuvieron en manos de pequeñas personas que correteaban y reían a carcajadas subiendo y bajando las escaleras sin cesar. Había un balcón grande y señorial que daba hacia un jardín en el que seguramente hubo mucha vida, plantas grandes, árboles pequeños, rosas, margaritas y azucenas. Al fondo veían un columpio deteriorado y ennegrecido, que probablemente guardaba un millón de sonrisas, hoy transformadas en gruesas lágrimas, de esas que pesan y que hunden toda una vida en un segundo.

Después de recorrer la casa, se sentaron uno al lado del otro sin evitar llorar intensamente ante la incertidumbre que se presentaba.

- ‘¿En dónde estamos, en qué año, en qué época? … Y lo más desconcertante… ¿podremos salir de todo esto y volver a casa? - Preguntó Sebastián en voz alta, ante la confusa mirada de sus dos amigas.

Instantes después de lanzar esta pregunta al aire, sintieron una fuerte explosión muy cerca, y de pronto observaron como la casa mostraba lo que parecía ser su estado original. Todo estaba nuevo e impecable: las muñecas, los columpios, la fachada, todas esas imágenes pasaron por sus por sus mentes al mismo tiempo para los tres. En cuanto acabó el estallido, los tres amigos aparecieron de repente fuera de la casa, llorando inconsolables al verla en ruinas, como si sintieran en sus carnes todo el dolor de haber vivido allí toda su vida. Vivian insistió en recuperar algunas muñecas, pero sus dos amigos se lo impidieron y decidieron entrar nuevamente para dirigirse a las escaleras. Podían ver a lo lejos los tanques acercarse otra vez y las sirenas de guerra volver a sonar. Por un segundo pararon y se miraron a sí mismos frente a un espejo medio roto que estaba en el salón justo antes de llegar a las escaleras. Cuando miraron sus reflejos, se dieron cuenta que sus ropas eran diferentes, antiguas, amarillentas, nada que nunca recordaran haber tenido en sus armarios. Tocaban sus cabellos más cortos, más rizados, no se reconocían, pero no podían detenerse a averiguar los detalles porque debían huir, aunque esos soldados no pudieran verlos, aunque las balas pasaran a través de ellos. Clementine, tuvo un pensamiento repentino. Ella creía recordar que, en el sótano de la casa, en el fondo hacia la izquierda, había una habitación que podría servirles de refugio hasta que pasaran los bombardeos. Lo mencionó en voz alta y Sebastián asombrado y visiblemente alterado, le preguntó:

- ‘¿Cómo demonios puedes saber qué hay allí abajo?’-

No había tiempo para esperar respuestas. En ese instante ella les cogió de las manos y los llevó corriendo a esa habitación, en la que, en efecto, tal y como ella les había descrito su ubicación, podrían esconderse y probablemente estar a salvo.

Después de unas horas, cerraron los ojos y cayeron en un sueño profundo sin poder evitarlo. Al despertar, la oscuridad era increíble. Casi no podían ver nada, y no se escuchaban bombardeos ni sirenas ni gritos ni ruidos ni estruendos. Llenos de miedo, se atrevieron a salir. Se dirigían hacia las escaleras y pudieron ver como un rayo de luz iluminaba el salón que se encontraba en la parte de arriba. Clementine miró sus brazos, y notó que llevaba un reloj que no recordaba haber llevado antes, un reloj que marcaba las 03:57, amarillo con agujas doradas, un reloj tan raro y antiguo que no encontraba explicación alguna de cómo había llegado a ella. Al retirar su

mirada del reloj, encontró una pequeña muñeca que además se parecía muchísimo a Vivian, con los ojos tristes y verdes, cabello largo, castaño y rizado y el vestido roto. Al recogerla, vinieron intensas imágenes a su mente, como una especie de memorias que las sentía como suyas, pero que no recordaba haberlas vivido realmente. Se veía a ella misma en los columpios con Vivian y Sebastián, en la parte trasera de la casa, riendo a carcajadas. Quiso salir corriendo y comprobar que en efecto existiera una parte trasera con columpios. Intentó correr con la muñeca en la mano. Ellos intentaron retenerla mientras ella sólo gritaba que necesitaba salir al jardín y que tenía que ver esos columpios. Llegaron a la parte trasera. Allí estaban los tres columpios balanceándose como si realmente hubiese personas sentadas encima. Clementine empezó a temblar antes la mirada atónita de Vivian y Sebastián quienes a la vez le pedían explicaciones. Sebastián imploraba a gritos que esclareciera lo que estaba sucediendo, pero Clementine, sencillamente no podía hablar.

Los días se sucedían para ellos en esa extraña realidad a la que día a día se iban acostumbrando. Pequeñas ráfagas del pasado venían alguna vez a sus mentes, recordando cada vez con menos frecuencia aquellos momentos de lo que ahora consideraban el 'antes'. Aquellas canciones de Biffy Clyro a todo volumen en sus habitaciones que a veces se convertían en pequeñas salas de cine. Una película tras otra y en ocasiones noches en vela hasta que amanecía, con todos esos personajes cinematográficos en sus cabezas, con la imaginación volando muy alto por todas esas historias a las que querían pertenecer.

III

Locutor 1:

- 'Circuito Unión Radio transmitiendo las noticias del día. Se acaba de confirmar hoy viernes 5 de Julio de 2002, la desaparición de tres personas, dos mujeres y un hombre de entre 33 y 35 años en las adyacencias de Rodén el viejo. De momento, el único rastro disponible es un coche verde abandonado cerca de la Calle Mayor. Los habitantes del lugar no tienen conocimiento de haber visto llegar dicho vehículo a la zona. La policía ha iniciado la búsqueda después de encontrar este vehículo y de hacer una minuciosa revisión. En el mismo, se encontraban tres carnets de identidad, varios libros, películas, CDs y un diario que posiblemente pertenecía a una de las desaparecidas, llamada Vivian. Seguiremos informando acerca de todos los detalles de este suceso. Gracias por escuchar Circuito Unión Radio, a continuación, los dejamos con nuestro espacio musical de rock alternativo. Que lo disfruten, buenas noches'-

Locutor 2:

- 'Estimados amantes de la música, gracias por escuchar esta noche con nosotros en Circuito Alternativo, nuestro programa de rock de Circuito Unión Radio, presentándoles esta noche el reciente lanzamiento del álbum 'Blackened Sky' de Biffy Clyro. Disfrutad todos de este gran tema que pondré a continuación llamado '**57**'. Una intensa y excelente canción que, sin duda, ¡no os dejará indiferentes!'-

***57.** *Canción de la banda Biffy CLyro, perteneciente al albúm' Blackened Sky', publicado en el año 2002*.

Doña Lupita

Hacía un día soleado y agradable, no muy diferente a todos los anteriores. Caminaba yo apaciblemente por mi barrio, haciendo las compras en el Mercado Principal; mi objetivo principal este día sería abastecerme de esos riquísimos tomates de la huerta, algo de cilantro, un pollo y unas patatas que serían los ingredientes principales de una riquísima sopa. Una vez había terminado y ya con las bolsas llenas, pasé por la calle de mi solitaria y anciana amiga Doña Lupita, y me quedé largo rato observando su acogedora casa.

Lupita tenía unos 83 años y vivía completamente sola desde hacía ya más de tres décadas. No se le conocía familia. Su único hermano murió a los cincuenta y cinco años, y si viviera, hoy tendría dos años más que ella. Su fiel acompañante Chispa, un perro de raza chow-chow, de color negro como el azabache, también murió a los 14 años, y de esto habían pasado ya cinco años. Era un perro negro como la noche, fuerte y noble a la vez, grande y de mirada triste y profunda. Su más fiel amigo que vivió todo lo que tenía que vivir. Lupita estaba tranquila porque Chispa había muerto feliz gracias a la maravillosa vida que había tenido, aseguraba no haber derramado ni una sola lágrima el día que junto a algunos vecinos lo enterraron en el cementerio de mascotas del pueblo. Un lugar, que, aun siendo un cementerio, estaba lleno de colores y se respiraba una paz indescriptible, como si una nube repleta de ángeles se paseara por el lugar permanentemente.

Con todo esto a sus espaldas, Lupita era la mujer más sonriente del barrio. Dormía tranquila por las noches y soñaba con los ángeles, probablemente los mismos que cuidaban el cementerio de mascotas. Pensando yo en lo sola que estaba siempre

Lupita, hacía días que dándole vueltas a esto en mi cabeza; se me ocurrió que merecía más atención de sus amigos, de sus vecinos, ya que todo el mundo la apreciaba mucho. Me pareció justo, que de vez en cuando alguno de nosotros fuésemos a acompañarla más seguido o que inclusive nos quedásemos a dormir en su casa algunas noches.

Como de costumbre, la puerta de Lupita estaba abierta, así que al llamar a la misma me gritó desde su pequeño jardín:

- '¡Pasa, pasa! estoy aquí atrás'-.

Me invitaba a entrar y no sabía quién llamaba a su puerta, era demasiado confiada. Hasta el jardín entré, le di un suave abrazo y le pregunté qué hacía en ese momento. Me comentó, con una gran sonrisa, que estaba cortando la hierba y plantando nuevas flores. Se me hizo difícil decidirme a contarle mis planes, ya que temía que lo rechazara o que inclusive se pudiera ofender, pero, al contrario, en cuanto se lo conté, me dijo que fuese a su casa y durmiera allí cuantas veces quisiera y que ella me recibía encantada. Según avanzaba la conversación, pude darme cuenta claramente que Lupita estaba convencida de que era yo quien temía dormir sola en mi casa y que era yo quien necesitaba compañía. En ese entonces, vivía en un pequeño estudio a dos calles de su casa, y me comentaba que le complacía ayudarme y que me recibía encantada para que no me quedara yo sola. Añadió que también podía traerme a mi gato, ya que le gustaban mucho los animales.

Volví un momento a mi estudio a buscar a Bengala, mi gato, y nos fuimos los dos a dormir con Doña Lupita. Estuvimos ella y yo bebiendo té, comiendo galletas y hablando hasta muy tarde. Hablamos de todo y de todos. De cómo ha cambiado el barrio con el pasar de los años desde que empezamos a vivir allí. Comentábamos lo mucho que había crecido el barrio y el pueblo, de la bonita idea de haber puesto un cementerio de mascotas y de haberlo llenado de tanto color, de los programas del canal local, donde se mostraba la pintoresca vida de este barrio y donde, como no, habían entrevistado a Lupita en un especial de jardines con encanto. Empezó ella a bostezar. Yo no tenía nada de sueño, pero ella si deseaba ya ir a la cama.

- 'Tengo mucho sueño, veo que tu no demasiado. me voy a la cama. Quédate viendo la televisión y dispón de cuanto necesites. Buenas noches, hija, hasta mañana-.

- 'Gracias Lupita, hasta mañana'

Al rato de irse a su habitación, encendí la televisión. Yo estaba más despierta que nunca, aunque Lupita bebió más té que yo, aun así ella dormía como un tronco, tanto que podía escuchar sus ronquidos desde el salón. Estaba viendo un programa de dibujos animados, cuando sentí un ruido en la cocina. Sin alzar mucho la voz y pensando que era el gato, le dije, sin saber exactamente en dónde estaba:

-'Bengala, no hagas ruido y ve a dormir-.

Cuando giré la mirada hacia la que por esa noche sería mi habitación, me di cuenta de que el gato estaba más profundamente dormido que la misma Lupita. Me acerqué al salón, a la cocina, pero no vi nada. Volví a la habitación, y nuevamente escuché más ruidos, sutiles, pero igualmente me asustaban. Me dirigí a la cama rápidamente y me tapé con la sábana hasta la cabeza, pero seguía escuchándolos. En ese momento, me pregunté: - '¿A qué le voy a tener miedo??'- Me levanté de la cama. Caminando hacia el salón, sentía los temblores en mis piernas que se iban apaciguando conforme pasaban los segundos. Cuando mi mente me convenció de que no pasaba nada, vi una pelotita viniendo hacia mí. Me acerqué al cuarto de Lupita para ver si ella seguía allí, y en efecto, roncaba intensamente. En cuanto parpadeé, apareció la figura de un niño pequeño con el cabello castaño oscuro y grandes ojos negros, y estaba sonriendo, con..mi..go!

Petrificada frente a él, y con la esperanza de que fuera un niño real que se había colado en la casa, titubeando, me decidí a hablarle.

- 'Hola soy Cornelia, ¿Y tú? ¿Eres familiar de Lupita?, No te vi cuando entré esta tarde'-.

- 'Hola, soy Victor y no conozco a ninguna Lupita, vivo aquí desde hace mucho tiempo y…ah, y ya sé a quién te refieres, a ella, a la anciana, Lupita. Pero no, no es ella quien me ha invitado, ya yo vivía aquí antes de que ella llegara, y por más que intento llamar su atención siempre me ignora, a veces la escucho decir: - 'Vete anda, Vete lejos sea lo que seas y no molestes'-. Ni siquiera parece saber quién soy, de hecho, no creo que me vea. ¿Tu si me puedes ver, ¿verdad?'-

Aunque yo a duras penas podía hablar, le contesté:

- 'Si, claro, ehemmm, pero… entonces, ¿Cómo es que vives aquí con ella, pero no te ve?'-

- 'Yo vivía aquí solo con mi padre, y recuerdo que un día enfermé. De tanto que



me dolía todo el cuerpo, me quedé dormido mucho tiempo'-.

Victor tenía siete años cuando se enfermó. Mientras estaba en su cama acompañado de su padre, le visitaban algunos vecinos o amigos de su colegio. Me aseguró que se le borraron muchos recuerdos, que después de haber estado tanto tiempo dormido, de repente se encontró allí solo, en el salón de esa casa, rodeado de todos sus juguetes. Al escuchar esta historia, imagino que desde ese día se convirtió en el pequeño fantasma con el que hoy yo estaba conversando.

Continuaba Victor su relato:

- 'Se que desperté y me encontré aquí de repente solo. Mi padre ya no estaba, y varias cosas de la casa tampoco se encontraban en su sitio. Yo aún sigo esperando que mi padre regrese, tal vez tuvo que viajar por trabajo, no lo sé, confío en que vuelva y me niego a estar triste, por eso siempre juego con mis juguetes y me divierto sin pensar lo que pueda tardar en volver a verle. En cuanto a mi madre, tal vez algún día me encuentre con ella, aunque en el fondo, de eso ya casi no tengo esperanzas'-.

Estuve jugando con el niño fantasma hasta altas horas de la noche, me comentó que nunca conoció a su madre. Supo que después de haber nacido, ella salió huyendo, y él nunca supo por qué. Sin embargo, no le guardaba rencor porque recuerda que su padre siempre le decía que su madre había sido una buena persona, pero que era muy joven y que estaba muy confundida.

Las horas pasaron volando. Encima del sofá, me quedé dormida sin darme cuenta, aunque apenas dormí una hora. Me desperté con el ruido de la tetera y de los platos de la cocina. Lupita ya tenía el desayuno preparado cuando me levanté del sofá. La expresión de mi cara y mis ojeras eran indescriptibles, con lo cual Lupita me preguntó:

- '¿Qué te ha pasado? ¿No has podido dormir?'-.

En absoluto quería contarle lo que sucedió. No quería que pensara que yo estaba completamente loca, así que, lo único que me vino a la cabeza fue decirle que debido a las varias tazas de té que nos habíamos bebido la noche anterior, se me hizo imposible pegar ojo en toda la noche.

Recordando todo lo que viví esa madrugada, no pude resistirme a pedirle un poco de información sobre su vida.



- ‘Lupita, sé que no es la primera vez que se lo habrán preguntado y espero no molestarle’-.

- ‘Hija, no te preocupes, te considero más que mi amiga. He notado que necesitas compañía, que te has sentido muy sola en tu vida y que tal vez tengas tus problemas y tus asuntos, y me siento alagada de que haya sido yo a quien acudieras, que me escogieras a mí, teniendo tantísimos años de por medio entre tu y yo, por eso te lo agradezco. Esa amistad implica confianza y sí, puedes preguntar lo que quieras’-

- ‘Ah…ehemm..vaya, pues gracias a usted también por aceptar ser mi amiga. Yo quería preguntarle ¿Realmente usted nunca se casó ni tuvo hijos, al menos sobrinos? ¿Nada de nada?’-.

Sin extrañarse por estas interrogaciones, y después de una pausa con mirada perdida hacia arriba, empezó su relato.

–‘Supongo que no tiene sentido seguir callándolo. No lo he contado muchas veces y no creas que me lo han preguntado demasiado Sí, sí sucedieron cosas importantes en mi vida, relacionadas con otros seres, mezcladas con el miedo y el dolor de una época distinta, castigadora, llena de incertidumbre. Cuando yo tenía 17 años tuve un hijo. No me llegué a casar ni tampoco estaba especialmente enamorada del padre. Yo quería vivir mi vida, disfrutar de mi juventud, y aunque me decidí a tener ese bebé, dudaba demasiado si iba a ser capaz de cuidarlo. Todo esto sucedió muy lejos, en un lugar que hoy día está ya abandonado, muy al norte de este país. Teniendo en cuenta que lo único que me esperaba era el hastío del día a día, poco después de nacer el bebé, hui del hospital como si fuese una delincuente. Me escapé, me subí a un autobús con una pequeña mochila, en principio sin saber a dónde ir. La primera noche la pasé en la estación de autobuses hasta que amaneció. Llevaba un poco de dinero, y cogí un tren que viajaba hacia el sur. Tenía mucho miedo porque iba sola y era muy joven, pensaba que podían interrogarme y quizá hasta me harían regresar a mi casa. Pero tuve suerte y pasé desapercibida ante cualquier agente de la autoridad. Lo único que yo quería era estar lo suficientemente lejos de todo aquello que acababa de vivir y que no me gustaba. Llegué al sur, al pueblo más al sur que pude alcanzar. Nunca volví a saber de mi familia ni de ese bebé, cambié radicalmente de vida, y vine a parar aquí a este lejano lugar, moviéndome de pueblo en pueblo hasta quedarme en este barrio, tan pequeño y lleno de encanto. Finalmente, me mudé a esta casa. Me contaron que siempre estuvo bien cuidada, que sólo vivían un hombre muy joven con su pequeño hijo, quienes también venían de otra ciudad del norte, pero por lo visto no estuvieron

mucho tiempo habitando este lugar, porque el pequeño niño murió y su padre se fue a vivir a otro país. En cuanto a todo lo que pasó y lo que hice, yo te confieso que de verdad no quería hacerle daño a nadie, de verdad, créeme, sólo escapé y nunca más quise volver. Sí recuerdo que antes de escaparme del hospital, le puse nombre al bebé, Victor, no sé si su padre siguió llamándole así. Lo que más me sorprendió de todo, es que jamás eché de menos a nadie, viví mi vida como quise sin saber nunca más de mi familia ni de Victor o su padre, desaparecí por completo. Y hoy, no me arrepiento de nada. Sigo pensando que tal vez soy despiadada, que no tengo corazón, pero las únicas lágrimas que lloré fueron por haberme sentido obligada a intentar vivir una vida de mentira y por haber tenido que aceptar durante un tiempo en silencio lo que todos querían imponerme'-

Mientras Lupita me contaba su impactante historia, el niño me saludaba desde el salón. Sentado le veía jugando con todos sus juguetes y me miraba con una gran sonrisa…

6 de febrero

Viernes 6 de febrero. 03:15h

- ''No Conchita, no, le encontramos ya sin signos vitales. Hemos pensado que tal vez estaba acompañado, porque había varios juguetes al lado del viejo y mugriento colchón en el que dormía, y también había unas mantas pequeñitas, como de muñecas. No encontraron los policías nadie alrededor, quién sabe, tal vez acumulaba cosas porque sí, quizá guardaba cosas sin parar, por si acaso luego le servían para algo. No creo que emprendan ninguna búsqueda a estas alturas, la verdad. ¡Te dejo aquí los informes, pobre hombre! ¡Me voy a tomar un café, luego hablamos Conchita! ''.-

Viernes 6 de febrero. 03:00h

- '' ¡Apaga la sirena, si ya hemos entrado! Me voy yo con Conchita y le entrego el informe, luego te veo para la pausa del café''. -

Viernes 6 de febrero. 02:00h

- ‘’Patrulla 245, ¿Me reciben? Nos encontramos en la avenida Conde de Casal, debajo de la pasarela que conecta con la calle Sierra Toledana. Por favor envíen una ambulancia de inmediato. Hemos encontrado el cuerpo de un hombre de unos cincuenta años y no estamos seguros si pudiera estar aún con vida. Informen a los conductores que extremen las precauciones, el suelo y el asfalto están helados, la temperatura ha descendido de forma drástica en las últimas horas’’ ‘’. -

Jueves 5 de febrero. 18:30h

- ‘’Hacía muchísimo frío, aunque la tarde estaba soleada, no calentaba casi el sol, pero al menos había claridad en la calle. Al bajar del bus, caminé rapidísimo hacía la pasarela para pasar hacia el otro lado, hacia mi barrio. Justo antes de empezar a subir esta pasarela, le vi. Ahí estaba, tan pequeño. Quise pasar desapercibida, pero me perseguía y jugueteaba con mis piernas sin llegar a arañarme. Miré alrededor por si había alguien cerca que pudiera ser su dueño, pero no había absolutamente nadie, con lo cual creo que estaba perdido. Los coches pasaban muy cerca y era un peligro, así que, sin dudarlo, cogí al gato y me lo llevé a mi casa’’-.

Jueves 5 de febrero 16:15h

- ‘’ ¿Cómo podría yo llegar hasta allí arriba? No estoy seguro, si escalo hasta la rama tal vez no pueda volver a bajar. ¡Quiero ese gorrión entre mis dientes! Me quedaré pacientemente esperando hasta que se acerque y ¡zas! Le atraparé y no le dejaré escapar. Unos pasos escucho…Será mi amigo, supongo, por fin ha vuelto. Ah, pues no es él. Me acercaré y husmearé un poco, a lo mejor me regalan algo de comer, ya empiezo a estar hambriento’’-.

Jueves 5 de febrero. 09:00h

- ‘’Brrr…debería calentar esto un poco más. Tendré que ir a buscar algo más para el fuego. En la casa de la esquina me prometieron que hoy sí me regalarían algunas mantas nuevas y el abrigo que les dejó el hombre aquel que decía que ya no le gustaba, que ya tenía uno más caro, ¡seguro ni le hacía falta cambiarlo! De verdad, qué lástima estas personas que compran por comprar y tiran las cosas a la basura porque sí. Así serán sus vidas de tristes que para ellos un abrigo nuevo es un motivo de felicidad. ¡Bah! Aprovecharé y pasaré por el bar porque Antonio me prometió un

poco de sopa de pollo, y te traeré un poco a ti por supuesto. ¿Con eso creo que estaremos bien, verdad amiguito? ¿Tú qué crees?''. -

El hombre había esperado a su pequeño gato hasta el final. Entrada la madrugada los termómetros de la ciudad se hicieron hielo. Sobre su casi congelado rostro rodaba la que sería su última lágrima...

El Castillo de los Señores Munroe

'¿Qué es eso que suena? ¿Es La Traviata, ¡Sí! ¡Oh! ¡Este ojo izquierdo que a medias me funciona y no me deja ver bien de lejos! ¡Aunque para llorar sí que trabaja! No puedo controlar mis lágrimas cada vez que oigo ópera. Intentaré hacer el mínimo ruido posible, tengo que alcanzar a ver la obra completa sin que sepan que estoy aquí'-

El castillo de los señores Munroe era inmenso y fue construido hacía unos 300 años. Este lugar era lo suficientemente grande, como para no tener que coincidir demasiado con sus silenciosos y distantes habitantes. En uno de sus largos y oscuros pasillos, se encontraba Cornelia. Debido a que con su ojo izquierdo sólo podía ver parcialmente, se guiaba más por su oído y caminaba con mucho cuidado en dirección hacia donde sonaba la música. A medida que se adentraba más en el castillo, se tornaba más oscuro el lugar. Tuvo que pasar por una especie de capilla donde había filas de asientos, velas y figuras religiosas que ella no recordaba haber visto antes. Es cierto que eran muchas sirvientas en el castillo, pero pensaba que ya lo conocía por completo, después de tantos años trabajando allí, aunque obviamente estaba equivocada.

Finalmente, Cornelia llegó al lugar donde se representaba la obra, y quedó francamente impresionada ante lo que no se esperaba encontrar: un teatro dentro del castillo. Sentadas allí estaban unas cien personas con atuendos y accesorios de increíble lujo, se extrañaba de ver que la ropa de los invitados era un tanto antigua, se extrañaba igualmente de no haberse enterado de que este evento tendría lugar; tal vez los anfitriones preferían que otras sirvientas con mejor aspecto les atendieran esa noche, probablemente eso era lo que sucedía

Desde lejos, pudo notar que alguien conversaba con William, el mayordomo, y la señalaban a ella. ¡Le habían descubierto! William se dirigía hacia ella y Cornelia arrancó a correr muy de prisa hasta que tropezó con uno de los bancos de la capilla. Seguramente William la reprendería y tal vez le obligaría a trabajar más horas o quizá le suspendería su salario durante algunos días. Tal y como aceleraba el hombre su paso y por la forma en que la miraba, se aterró y ya no estaba segura de qué le sucedería si William la lograba acercarse. El camino de vuelta hacia su habitación se hacía largo e inalcanzable. Cornelia miraba hacia atrás y hacia delante para intentar no caerse ni volver a tropezar con ningún otro objeto. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, tropezó esta vez contra una escultura que estaba ubicada justo en la salida hacia el patio. Era una bellísima escultura de casi dos metros de alto, abstracta, gris y negra con formas de cabezas y bolas resplandecientes. Cornelia chocó directamente con la escultura y a continuación, se desplomó y quedó inconsciente en el suelo.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza, lo cual parecía lógico después del golpe que había recibido. Cornelia abrió sus ojos y el destello de la ventana molestaba un poco su ojo izquierdo, mucho más sensible que el derecho

Greta, la sirvienta, insistía en voz alta:

- '¡Señora, he traído su vestido y su parche! Señora Cornelia, tan sólo faltan dos horas para iniciar la obra en el teatro del castillo de los señores Munroe. Tenemos que peinarla y tiene usted que calentar la voz. La Limusina le será enviada a las siete. Señora ¡Qué extraño es verle dormir tantas horas!'-.

Cornelia estaba un poco desconcertada y no tardó en darse cuenta de que se encontraba en su propia habitación. Se asomó al salón y se vio dentro de una increíble casa con una arquitectura tan minimalista como lujosa, y ésta, era su propia casa.

Greta salió a la puerta para dejar entrar a Roberta, la maquilladora y Carol, la peluquera. Cornelia se puso su hermoso y elegante vestido rojo para interpretar su papel de Violetta Valery. La cantante utilizaba cada vez que subía al escenario un parche para su ojo izquierdo, que lejos de deslucir, añadía un toque más de clase a su vestuario.

Llegadas las nueve de la noche, Cornelia iniciaba su actuación, impecable, impresionante, como siempre, inolvidable.

Autor: Oriana D. Castillo

Aquel Maldito Viernes

Nunca comprendí lo que significaba el final, el 'nunca', el 'jamás', hasta que entendí la muerte.

Para mí siempre había sido un juego. Sentir el poder de controlar un destino y de decidir cuándo era el momento de terminarlo. Las persecuciones, sintiéndome invisible, jugar al detective; saber a qué hora llegaban, dormían, se marchaban. Observar cómo automáticamente cada una de sus horas se convertía en un gran vacío. Dormir, les hacía desaparecer brevemente de sí mismos, al menos unas pocas horas, solo cuando podían conciliar el sueño. Era para mí un triunfo, me sentía más poderosa que un dios al saber que sus agónicas vidas en las que sólo la cáscara era alimentada, tendrían punto final y era yo quien lo colocaba. Todo funcionaba a la perfección las veinticuatro horas en mi vida, hasta ese momento.

Fueron cinco años de plenitud asesina. Recuerdo casi cada día y cada minuto antes de las nueve de la noche de aquel maldito viernes.

La primera vez que comprobé el poder y la fuerza de mis manos, no pude evitar sorprenderme. La tarde era soleada y calurosa. Detesto el calor y la humedad, por lo que la rabia que me causaba me daba más motivos para matar, fue la única vez que lo hice con treinta y cinco grados a la sombra.

Al principio no lo sabía, pero cuando publicaron las noticias, me enteré de que él tenía veinticinco años, pensé al verle que tenía por lo menos, diez años más. Fue el único que cayó en mis manos tan joven. En cuanto al resto procuré investigar mucho más sobre ellos antes de acabar con sus vidas.

Franz salía de un pub, parecía que había bebido, aunque su aliento lejos de apestar a alcohol olía a menta mezclado con fresa. Intenté averiguar qué perfume usaba, pero nunca pude saberlo, jamás olvidaré su aroma. Su cabello era negro, media melena, con suaves rizos. Debía haber salido de su oficina o alguna reunión porque llevaba traje y corbata, un atuendo que no combinaba demasiado con su frescura juvenil, atrapada en una vida que sé que no era la que él anhelaba. Iba caminando por la sombra. Eran las seis de la tarde, el sol era implacable. Se montó en un vehículo de Cabify, un Hyundai i40 negro, demasiado grande pensé, para un trayecto de tan sólo 10 km. Franz era tan delgado, que con un Smart habría sido más que suficiente. No me gustan los hombres tan delgados, otra buena razón para que desapareciera de la ciudad y de la vida.

Autor: Oriana D. Castillo

Dentro de mi GT C Roadster, le seguí. Ya en el norte de la ciudad, se bajó despidiéndose amablemente del conductor con una botella de agua en la mano que se bebió prácticamente de un sorbo. Pensé en buscar la manera de hacerle venir a mi Mercedes, pero me lo puso mucho más fácil. Entró en un callejón sucio y empezó a bajar por unas escaleras viejas que daban a un grupo de edificios bastante destartalados mientras se fumaba un cigarro. Me fui detrás de él, le llamé para pedir fuego y mirándole fijamente a sus ojos lo hice. Un puñal de plata en mis manos enfundadas en guantes negros y directo al cuello, fulminante. El brillo de sus ojos se hacía más intenso, y podía vislumbrar una sonrisa en su cara mientras respiraba su último aliento. Creo que no pasaron más de treinta segundos. Tuve tanto cuidado de no mancharme más que los guantes y acerté tan perfectamente en el punto mortal, que me sorprendía que fuese la primera vez que lo hacía, en ese momento sentí que había nacido para esto. Corté un mechón de su pelo y lo llevé conmigo. ¡Me gustaba oler su perfume…Ahhhhh!

Conduje de vuelta a mi apartamento. Me encantaba estar allí, me sentía en armonía conmigo misma, pasaría muchísimas más horas si no fuera porque mi obligación de acabar con ellos me reclamaba. Habiendo culminado por ese día y después de tanto calor, preparé un baño con sales relajantes, me serví una copa de Henri Jayer Cros Parantoux y lo bebí lentamente disfrutando de las texturas y los aromas del elegante líquido mientras recordaba el olor de su cabello… ¿Cómo podía oler tan bien después de que parecía haber estado todo el día fuera? Probablemente se habría duchado por la mañana o quizá la noche anterior, aun así, su olor era agradable, suave, delicado. Creo que por culpa de Franz empecé a desarrollar una obsesión por este tipo de hombres tan cuidadosos con su aspecto exterior, tan perfectos.

Salí de la bañera, sin la bata y sin secarme, caminé a mi habitación, no quería dejar todo el piso empapado, pero sentía la necesidad de permanecer con esa humedad mientras olía el mechón cabello de Franz, esperaba que Pedro no se molestara conmigo por el desorden que se encontraría, al venir a limpiar la mañana siguiente. Pedro no, no está en mis planes. Se le ve liviano y calmado, en ese estado no parece necesario culminar con su existencia. Además, le necesitaba, sólo podía confiarle a él la limpieza de mi casa, sabía que nunca abriría los dos armarios en los que mantenía mis puñales de plata, mechones de cabello, fotos, y otras tantas cosas relativas a mi oculta vocación.

No me dispongo en la presente a relatar todas y cada una de mis aventuras asesinas, me limitaré a las más interesantes relacionadas con las víctimas más encantadoras, a quienes yo llamaba 'los ganadores del ataúd de plata'.

Chester, fue mi siguiente elegido. No discriminé profesiones ni nacionalidades, buscaba entre actores, músicos, ejecutivos, que se preocupaban por nutrir su superficie, me daba igual a lo que se dedicaran. Chester viajaba muchísimo. En mis investigaciones de detective, descubrí que había empezado siendo actor de teatro y posteriormente se dedicó a tocar la batería en una banda de punk. Tenía 40 años, cabello rapado, expansiones, tatuajes, piercings; parecía tener personalidad y seguridad en sí mismo, pero sólo hasta que le observabas más de cerca. Le espié durante algunas semanas. Cuando finalmente me acerqué a él, lo noté. Ya no sonreía tanto como en las fotos. Empezaba a anochecer cuando le vi caminar por el Gran Parque, se preparó un joint y se lo fumó entero. Yo estaba detrás de un precioso y altísimo Ahuehuete cuando sin hacer el más mínimo ruido aparecí delante de él. Le miré fijamente a los ojos y aticé la puñalada mortal en el cuello. Observaba como salía lentamente la sangre mientras cada vez le costaba más respirar. Escogí como recuerdo la pieza de expansión en su oreja izquierda. Respiré profundamente cerca de su cabeza para recordar su exquisito perfume y le dejé tumbado sobre el banco del parque, cerré sus ojos y me marché.

Después de cada asesinato preparaba ese baño tan especial que formaba parte de mi ritual, de mi celebración. El objeto que robaba de la escena me acompañaba en ese ritual hasta que era guardado en mi vitrina hecha de palisandro Río, clásica, al estilo Versalles. Con cristales oscuros y bajo llave, mantenía mi colección de pertenencias de mis preciosas y bien perfumadas víctimas.

En los siguientes años continuaron Bruno, Niklas, Bruce, Adam, Alex, entre otros. Hasta que llegó Christopher. Bajista, compositor, cantante de rock, millones de copias vendidas y el alma vacía. Parecía la víctima perfecta, realmente perfecta, y nada comparable a ninguno de los anteriores hombres. Tenía cincuenta años, ojos verdes, cabello negro, largo y rizado. Pocos ojos, pocos rostros había visto que fueran tan perfectos.

Chris estaba vacío por dentro, era presumido y gozaba de bastante reconocimiento artístico. Durante seis meses le seguí casi cada día. Cuando volaba, iba detrás de él hasta el aeropuerto y volvía allí el día que regresaba. Muchas veces él iba rodeado de gente y otras sólo, muy sólo. A veces le acompañaban decenas de personas que parecían agobiarle. A veces le veía llorar, pero rápidamente secaba sus

lágrimas y continuaba disimulando. Yo asistía a todos sus conciertos, pero con un claro objetivo, no podía involucrarme más de lo necesario, sólo debía poder asestar el golpe final. Empecé a acumular sus discos y algunos posters lo cual me ayudaba a enfocarme. Le seguía hasta su casa, le veía salir, casi siempre con decenas de personas que yo sabía que le molestaban. Para él, debido a su grandiosidad y belleza exterior, preferí preparar un puñal especial, para darle una espectacular y elegante muerte.

Aquel maldito viernes, Chris salía de su local de ensayo y se dirigía solo a su hogar. Entró al edificio, saludó al guardia y esperaba el ascensor. El guardia se dirigió hacia el jardín de la lujosa residencia, así que aproveché para entrar junto a él en el ascensor sin ser vista por nadie más. Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, tomé mi puñal con fuerza, miré fijamente sus ojos, pero no fui capaz de moverme. Me miró, sonrió, dijo adiós y salió del ascensor. Bajé de inmediato y con una furia que no podía controlar me dirigí a 'Castle', un local underground con sesiones Drum & Bass al que me gustaba ir a descargar cuando algo me llenaba de ira o frustración. Esperé a que saliera el primer chico solo, le invité a mi coche y al acercarme a un jardín oscuro después de diez minutos conduciendo, le empujé afuera y le asesté veinte puñaladas en el pecho, una tras otra descargando toda mi rabia. Parecía seguir con vida y con fuerza, lo cual encendía más mis deseos de que dejara de respirar. Deslicé el puñal por su cuello de izquierda a derecha con excelente precisión y empezó a convulsionar mientras la sangre salía por su boca.

Nunca había conducido a semejante velocidad, pude sentir como mi Roadster casi me permitía volar. En cinco minutos estaba en mi apartamento. Esta noche sí me había manchado de sangre. Dejé la ropa tirada en la esquina de mi habitación, me senté desnuda en mi cama, furiosa, impotente, me sentía tan insignificante.

Pasé página tan pronto como pude y decidí empezar de cero con Chris. Compré una Cisco Triple Black, un silenciador, ropa y guantes nuevos, mucho más elegantes que los que llevaba la noche que pensaba apuñalarle.

Entré al teatro, disfruté durante dos horas de un concierto impecable y le perseguí al hotel. Le vi beber algunos shots de tequila en la barra y agotado se dirigió a su habitación. Había mucha gente alrededor del hotel y también en el hall, con lo cual me alejé un poco del lugar y decidí esperar hasta que se marcharan. Pero lejos de marcharse, empezaban a llegar más y más personas hasta que apareció la policía. Estaba tan segura de que no venían a buscarme a mí, que no sentí ningún miedo.

Bajaron de sus patrullas, pasaron muy cerca de mí y entraron con paso acelerado al hotel. A los pocos segundos escuché el grito de un hombre:

-'Chriiiiiiiiis! Noooooooooooooooooo!' Y le siguió un lamento aterrador.

Inmediatamente arribó una ambulancia. Con la piel de gallina corrí de vuelta al hotel logrando burlar a los policías que estaban en la entrada y pude ver que en la camilla yacía su cuerpo. Con una cinta elástica rodeando su enrojecido cuello, ya no respiraba. Petrificada permanecí observando la escena hasta empezar a sentir un frío que me hacía doler el cuerpo y el alma, si es que tenía alguna.

Un horror que no me correspondía, que siempre vi como ajeno, que no pertenecía a mi mundo y ahora me corroe. No sabía lo que significaba realmente el 'Final' hasta que vi su muerte, hasta que supe que nunca, jamás volvería a verle cantar, sonreír, caminar, respirar…

Todos los libros que podía cargar

Ella no se había dado cuenta de que yo no estaba registrada. Me saludaba como si me conociera de siempre. Yo me comportaba como si perteneciera a este lugar, pero no era del todo cierto. Mi alma sí, pero en realidad, a mí no me estaba permitido formar parte de aquello.

Yo iba cada día, a la misma hora. devoraba las historias cual depredador que lleva días sin probar bocado. Pasaba horas infinitas, sin apenas hacer pausa. Pero un día me descubrió. Me miró como si mi rostro por primera vez le pareciera desconocido. Me preguntó que si podía mostrarle mi carné y mi número de inscripción. No supe qué hacer, entre mi sorpresa y mi miedo, me tambaleé un poco. Llevaba muchos libros en mis brazos, todos los que podía cargar. Las paredes empezaron a cambiar su aspecto. Se tornaron verdes y comenzaron a crecer ramas y hojas que empezaron a forrar las paredes, Pero escapé a tiempo, justo antes de que los árboles llenaran el espacio y taparan todas las salidas.

Autor: Oriana D. Castillo



200 bpm

Sonaba en el salón el *'People=Shit'...Una de mis favoritas.

No podía evitar sentir unas ganas enfermas de introducirlo todo dentro de mis fosas nasales. Lo que me hacía sentir, no lo podía comparar con nada.

La noche anterior, la recuerdo más tranquila. Me regalé un viaje lleno de colores y sonidos que, aunque me proporcionaron mucha paz, no me dejaron dormir. Para cuando él llegó, yo llevaba veinticuatro horas en vela, por eso necesitaba subir muy alto esta noche.

Dejé la canción en modo 'repetir', una y otra una y otra vez. Le pedí a NIklas que me disculpara, pero cuando una canción se me quedaba entre ceja y ceja, la única forma de aliviar mi obsesión, era escucharla sin parar. Recuerdo que comenté a mi banda la posibilidad de hacer un cover de esta canción, me la aprendí rápida y elegantemente en mi bajo, pero casi me echan del grupo. No les gustaba hacer versiones de ninguna banda, y menos de esta, odiaban demasiado a Slikpnot y a algunas otras que a mí me gustaban. Estaba convencida que al final, he acabado siendo rara hasta entre los raros.

En la mesa, abundaba lo que nos apeteciera, en líquido, solido, en polvo, spray, de todo y para todos...alcanzaba para muchos, aunque solo éramos dos. Abriendo paso ya a otras canciones, subimos el volumen de la música. Me importaba poco que algún vecino se quejara, no pensaba abrir a nadie. Ésta era mi noche.

Creo que es fácil suponer que mi vida es un tanto desordenada. Vivo sola. Me dedico a tocar el bajo en una banda de metal extremo de mediano reconocimiento entre los nuestros, las canciones van a 200 bpm, te pueden hacer volar la cabeza. Conciertos todas las semanas, pocas responsabilidades más en la vida y mucho descontrol, día a día sin excepciones. Lo disfrutaba, de verdad. Iba todo tan rápido, que apenas me daba cuenta del día en el que estaba y nunca sentí que lamentara nada, nunca, hasta hoy.

Niklas me encantaba, se parecía mucho a mí. Aunque mi prioridad era no tener ningún compromiso, cada día me gustaba más. Era cantante de una banda de Black Metal. Les gustaba pintarse, caracterizarse para cada concierto. Aunque me gustó desde el primer día que les vi tocar, no le había visto sin pintura hasta hace un par de días, cuando después de su concierto, estuvimos hablando de cosas varias y entre palabras y coqueteo, me regaló una parte de lo que teníamos hoy en la mesa de cristal

Autor: Oriana D. Castillo



en mi salón. Le dije que se lo pagaría, pero solo me pidió una cita para que disfrutáramos del 'regalo' juntos. Teniendo en cuenta lo que sabía que sucedería, no tardé en aceptar la propuesta.

Después de un rato de ir probando una y otra y bebiendo bourbon sin parar, nuestras manos enloquecieron y acabamos en mi habitación. Era la única vez que me había sentido así. A pesar de llevar encima decenas de sustancias, esta vez era diferente. A ratos, deteníamos un poco nuestra exaltación y buscábamos más inspiración. Procuramos dejarlo todo a mano. Niklas quería mucho más, para cuando llegáramos al clímax...Y fue en ese momento cuando todo se detuvo. Entre los gemidos de ambos, me confundí y no llegué a darme cuenta de que Niklas hacía rato que había respirado su último aliento.

En minutos llegó la policía. Mi declaración fue bastante escueta, poco podía yo decir.

Hoy dentro de estas tres paredes y estas rejas, entre las que llevo ya un mes, me han informado la fecha en la que podré salir. Volver a salir, el exterior, la calle, los árboles, los bares, el bourbon y mi bajo. No sé cómo volveré a mirarlos, a tocarlos, a enfrentarme a todo. En el calendario puedo ver ese último día. Lo que no tengo claro en absoluto, es si de verdad volveré a ser realmente libre. No sé si alguna vez saldré del encierro, de la oscuridad. Y quizá estos barrotes me acompañen por el resto de mis días...

***People=Shit**. *Canción de la banda Slipknot, perteneciente al disco ‘Iowa’, publicado en el año 2001.*

El Títere de la pizarra

Hoy.

Otro día, pero por una razón era un nuevo día, un nuevo día para este lugar, la vieja escuela. Aquella vieja escuela. Me parecía cada vez más extraño permanecer allí. Poco antes de la nueva jornada, me propuse organizar este tedioso proceso una vez más. Todo estaba aún más viejo, aún más solo y, terriblemente aún más oscuro.

Fue un doce de octubre del año 2004 cuando llegó el primer día de clases. Recuerdo mis opacos y descuidados libros de historia, y mis cuadernos que estaban ya repletos de tanto investigar las guerras mundiales. No sé qué me llevaba a eso, ni

por qué lo hacía si odiaba tanto estudiar, sólo la historia podía tolerar. 1939 un año que siempre me arrastró.

Al finalizar el día, noté repentinamente que sólo estaba yo, y a duras penas me atreví a caminar. Todo se fue tornando muy gris, a cada instante me parecía ver tropas militares, millones de tropas nazis; había miles de monjas que corrían por toda la escuela, los disparos, la sangre. Todos caían sin piedad y yo allí, en medio de tal masacre, boquiabierta. Ni siquiera podía gritar. ¡Qué terror! ¡Qué inevitable terror!

Horas.

Horas después desperté gritando y llorando en ese mismo lugar. Mis maestros hacían mil preguntas que yo no podía responder. En ese estado, me llevaron a casa sin saber qué sucedía. Yo me preguntaba lo mismo. Fue insoportable no conocer la causa de aquel misterio, no conocer si era real o una extraña pesadilla

En aquellos tiempos me acompañaba una nana a la que nunca le importaba el porqué de mis males. Tan solo me curaba internamente.

Algunos días más tarde debí volver a sufrir entre libros y cuadernos. Aunque me sentía mejor, haciéndome creer a mí misma que todo había sido una extraña pesadilla.

Entré y ocupé mi puesto favorito en el salón, escuchando las raras y aburridas palabras del Títere de la pizarra. Pasaron unos minutos, cuando comencé a sentir un extraño parecer a mi alrededor. Mis compañeros vestían diferente y el Títere del pizarrón se vislumbraba cada vez más estricto y serio. Creí estar en otro lugar, en otra época, miré repetidas veces a todos lados y, sí, era la escuela. Pero ¡qué extraño! ¡OH, DIOS! Fue únicamente lo que dije cuando en mi desesperación, la verde pizarra me obligaba a mirarla. Increíblemente me gritó aquella imposible fecha: 1939. Casi no sentía mis piernas. Debí haber corrido muchos kilómetros. Entre lágrimas y gritos no sé cómo llegué a mi casa, me fui a la cama y logré dormir.

Cada día que pasaba pertenecía a 1939. Estaba claro, la fecha se repetía constantemente. Era inevitable. No quise pensar que mi locura había avanzado por lo que intenté adaptarme a aquel terrible 1939. Vestía y hablaba como ellos.

Aún no lo sé, y nunca lo descubriré. Justo en el momento en el que creía haberlo logrado, todo cambió. De nuevo, todo diferente. No sabía qué pensar. Volví la mirada a la pizarra, y entre viejos y extraños harapos divisé la fecha, 2004. Grité desesperada. Quise correr, pero me detuvo el Títere de la pizarra, intentando

calmarme. En ese instante no pude callar mis labios y conté toda aquella extraña pesadilla. En aquel momento me pareció volver al punto exacto en el que llegué a 1939, sentí lo mismo.

Pensé que el viejo me internaría en algún sucio lugar. Cuando por fin callé, me repitió que luego hablaría conmigo. Millones de lágrimas parecían interminables para cualquier pensamiento que tuviera. Tomó mi mano mirando mis ojos con una gran incertidumbre, como si quisiese en ellos buscar esa respuesta que ni siquiera yo podía conocer. Caminamos largo rato buscando algo que yo imaginaba. Estaba ya muy desconcertada cuando el Títere interrumpió este estado para preguntar acerca de mis conocimientos sobre aquellas terribles visiones. Le hice saber que creí haberlo soñado, pero no poseía ya el equilibrio para conocer la realidad.

Luego de bajar unos antiguos y laberinticos escalones, llegamos a un pasillo con olor a viejas ropas y a viejas muertes, por el cual debíamos caminar un largo rato hasta toparnos con una gran puerta que se veía a lo lejos y que decía en grande 'NO PASE. LUGAR PROHIBIDO', con la interminable fecha de 1939. Mientras caminábamos, el Títere me hablaba del extraño suceso, diciéndome que solo yo, además de él, habíamos visto aquello. Todo esto, con el pasar de los años, se fue silenciando y convirtiéndose en el más grande misterio de la vieja escuela.

Abrió la puerta con la única llave que para ello existía. Jamás vi una cerradura tan extraña. Esta vez me dijo: - 'Voltea a tu derecha, trata de soportarlo, allí están, como siempre, no lo sé, pero nunca han dejado de perseguirme'-

Apenas pude sostenerme en pie. Miré hacia las viejas aulas en el pasillo y allí estaban: los fantasmas de las monjas maestras, impartiendo sus clases. Todo era tan real, los alumnos, los pupitres. ¿Qué pasaba? ¿Qué estaba sucediendo? Retrocedimos paso a paso sin siquiera murmurar hasta cerrar la puerta.

El Títere de la pizarra sólo permaneció en mis recuerdos, después de su funeral, con aquellas últimas terribles palabras:

- 'Cuando la Primera Guerra, más aun, mi Segunda, encontraron hogar en el mundo, ni siquiera Dios pudo conciliar al menos un poco de paz; tan solo me queda en el alma, arrepentirme-'

La llave está conmigo ahora. Me aterra pensar que pueda existir el día que vuelva a abrir esa puerta. Ojalá no.

Autor: Oriana D. Castillo

En aquellos días, mis débiles once años no soportaban tal horror. Hoy, cincuenta años más tarde para mí, no quiero pensar que no poseo ya el equilibrio para conocer la realidad. Todo es otra vez extraño. Debo acostumbrarme de nuevo al terrible 1939.

No puedo enloquecer. Pero siento que el rostro del Títere de la pizarra me persigue donde voy con un extraño nombre y ese repugnante atuendo militar, cual mesías de una macabra destrucción que siento venir en las próximas horas.

Pretty Face

Tocaban ***'Pretty Face'** en ese momento. Esta canción me enloqueció desde la primera vez que la escuché y tanto deseé poder escucharla en vivo, que al fin pude asistir a este concierto.

Aproximadamente dos mil personas presenciábamos la actuación. Hacía calor. Sentía mucho más calor que el que hubiera sentido en cualquier otro concierto. Pensé que tenía fiebre. Hacía unas tres canciones que empezaba a sentirme rara, era una sensación que no podía identificar. A lo largo de mis cuarenta años, había probado distintas drogas y me había emborrachado con mayor o menor intensidad miles de veces, pero esto era distinto, no me recordaba a nada, y en ese momento, aún estaba sobria.

De repente, después de unos minutos, pasé a poder verlo todo desde el escenario. Busqué el lugar que yo ocupaba entre el público, pero no me encontraba. Intenté mirar mis pies, mover mis manos, pero simplemente no había nada más que mis pensamientos. En cada golpe, sentía mis latidos más fuertes y en el justo momento que creí que iba a explotar, me fusioné con los sonidos, con las frecuencias, con los impulsos.

En cierto momento, yo era el solo de guitarra, era mi propio ser quien lo hacía sonar e inmediatamente después me multipliqué, pudiendo sentirme en todos los instrumentos a la vez. Podía ver como mis células, mi cuerpo, toda yo vibraba por todo el escenario. También dentro de los micrófonos, los monitores, amplificadores y hasta en las luces que cubrían toda la sala con tantos colores.

El recinto parecía que iba a reventar, los aplausos no paraban. Yo seguía sintiendo vibrar todo en mí hasta que poco a poco llegaba la calma. El silencio y tranquilidad ocuparon el lugar.

Aun aturdida y confusa, veía a los roadies recoger y organizar. Me sentía plenamente feliz y libre a la par que la incertidumbre se apoderaba de mí. Volví la mirada al frente, intentando nuevamente encontrarme entre la multitud que se marchaba, pero jamás me encontré.

De pronto vi venir una mano que me levantaba y me guardaba en una caja muy suave y cómoda. Me subieron en una furgoneta en la parte trasera y emprendí un larguísimo viaje por increíbles lugares en los que la música nunca paró de sonar.

Pretty Face. *Canción de la banda californiana 'Rival Sons'. Perteneciente a su disco 'Hollow Bones', publicado en el año 2016.*

Abril

Ahora en este mes de Abril, me doy cuenta de que nada de lo que ella había vivido esos tres días era real, y estoy segura de que no lo sabía.

Yo venía de la calle Valverde, de comprar el pan. Al ver semejante alboroto, me acerqué y me asomé al salón de la casa de los López. Carmencita salió pálida del dormitorio y me dijo:

- ''¡Claudia, Rafael está muerto! ¡Están ahí los médicos! Dicen que fue un infarto fulminante''-.

Y me abrazó, aunque era tal el estado en el que se encontraba, que ni siquiera lloraba. Pensé que bromeaba, pero no, los médicos sí estaban ahí tapándole el rostro con la sábana. Después de unos minutos se dirigieron a Carmencita con un tono fuerte y hasta parecía que estaban enfadados:

- ''Este señor lleva al menos tres días muerto, señora ¿Por qué usted no lo notificó a las autoridades?''-

Al verle la cara por completo desencajada, blanca como un papel y totalmente boquiabierta, decidieron dejarla en paz. Ya se encargarían otros de interrogarla a fondo cuando pudiera hablar. Por increíble que parezca, no había demasiados curiosos acercándose al lugar, creo que en cuanto vieron la cara de Carmencita desde lejos, no quisieron aproximarse. Ya veremos mañana como podré escapar de todas esas preguntas. Ya lo sé ya, empezarán a preguntarme a mí, que soy su vecina más

Autor: Oriana D. Castillo



allegada, muchas cosas que no sabré responder, aunque si las supera tampoco las contaría. Sí que recuerdo ahora, que uno de los hijos de Hipólita, la panadera, me preguntaba si había visto yo estos días a los López. Me decía el muchacho:

- ‘’Qué raro que estos dos no han venido a comprar el pan. ¿Les has visto tu? ¡Porque como me hayan cambiado y estén comprándole el pan a Cenona, es que no les vuelvo a hablar!’’-

A los pocos segundos, se desvaneció este recuerdo de mi mente y volví en sí porque empecé a notar que se calmaba un poco el ruido del lugar. Después de que habían ya salido con el cuerpo del salón, empezaba Carmencita a hablar sin más, mirando hacia arriba. No hablaba conmigo ni con ella misma, simplemente pronunciaba las palabras sin dirigirse a nadie, en voz muy baja, sin dar cabía aún a la resignación.

- ‘’ Es inexplicable… recuerdo haber estado hace unas pocas horas haciendo el amor en nuestra habitación. Sí, hoy, ¡hace tan sólo tres horas! Ayer cenamos juntos y empezamos a planificar nuestras vacaciones y también nos besamos. Anteayer estuvimos bailando y cantando nuestra canción. Yo lo vi, lo sentí y él estaba ahí, sentado, conversando conmigo…’’-

Confession

Es un grupo que simple vista parece escaso. Les extraño a todos cuando me alejo, pero debo marcharme.

Entre viajes y experiencias, aprendí que la compañía está sobrevalorada y la soledad, infravalorada por completo. Lo aprendí definitivamente esa noche que decidí emprender un viaje, así, de repente. Sin mucho planificar, me tomé unos días libres, pidiéndole a mi editor tiempo para desconectar, demasiado para su gusto, y poder volver con las pilas cargadas para continuar forrando las hojas de palabras por tiempo ilimitado. Ilimitado para mí, él sí tenía contados los días y minutos que me llevaba cada entrega.

Me sentía un poco saturada y además quería reflexionar sobre lo que había vivido a nivel sentimental ese último año. Necesitaba parar, porque sucedieron demasiadas cosas y mi ser, mi mente, aun no lo asimilaba.

Escogí ciertos destinos que conocía poco, pero de los que sabía que alguien podía recibirme con brazos abiertos y vicios servidos, sin la intención de vivir

aventuras con el fin de escribirlas. Aunque quizá iba a ser inevitable. A la vuelta, debía hacer varias entregas y no me sobraba el tiempo.

Logré colocar varios de mis trabajos literarios en buen lugar. Algunos en poco tiempo se convirtieron sorprendentemente en Best Sellers. A mí, mis libros me gustaban, para mí misma, pero a efectos de una gran audiencia, me parecían una mierda. Quizá por eso han triunfado tanto.

El caso, es que, en cuanto a estos viajes que repentinamente decidí emprender, no tenía ninguna intención de buscar sexo y mucho menos de enamorarme. De verdad, quería simplemente desconectar y respirar aire fresco, o bueno, aire enviciado, pero no necesariamente de hombres. Y como suele pasar cuando no estas esperando nada, ni le das la más mínima importancia, sucedió. Pero no sucedió solo una vez, si no varias.

La primera parada fue en Maracay, para visitar a mi familia. Tranquilidad, visitas, aprovechar al máximo de estas personas encantadoras a las que sólo veo una vez al año. Diez días después partí rumbo a Seattle, con la intención de visitar a mis amigos músicos y hacer locuras. No le conté nada a mis padres, pensaron que volvería directo a Madrid. Aun a mis cuarenta años, mi madre sigue sacando la chancla de vez en cuando si considera que mis hermanos y yo, nos portamos mal.

Llegué a Seattle en una sorprendente soleada mañana con veinte grados y el cielo estaba despejado.

Los días en Seattle pasaron demasiado rápido. No pretendía hacer turismo cotidiano masivo. Prefería salir a beber y a ver todos los conciertos que me fueran posibles, disfrutar de la noche. Antes de mi llegada, había puesto en aviso de mis intenciones a mis anfitriones, que me servirían de guías en cada una de las ciudades a las que viajaba. Se los dejaba muy claro, ya que, de lo contrario, prefería alojarme en un hotel y buscarme la vida. Es verdad que conociéndolos tan bien y pareciéndose todos tanto a mí, era muy difícil que se negaran a mi propuesta.

Mientras me bebía la Kentucky Dark Star que acababan de servirme en el Tim's Tavern, apareció Chris. Yo estaba cantando sin ninguna vergüenza y con total inspiración el *'Part of Me' cuando me interrumpió. Quizá tenga los ojos verdes más bonitos que en mi vida haya visto. Pelo largo rizado y una sonrisa que me hacía poner cara de estúpida. Con suerte, mis tres amigos, ya medio ebrios, no le daban importancia a que no les estuviera prestando el mínimo de atención. Me sorprendí gratamente al ver que este hombre flirteaba conmigo. No estaba muy convencida de

querer irme con él, pero fue inevitable y me cuesta bastante poco decir que si a ciertos asuntos relacionados con mucha barba y largos cabellos negros.

Un personaje calmado, a la vez apasionado, sensible y como yo, melómano a niveles enfermos. De todos, era quien más cosas preguntaba sobre mí, no llegué a entender por qué quería saber tanto. De los diez días que estuve en Seattle, ocho, los pasé con Chris. Me acompañó al aeropuerto cuando partí y pude ver su cara de lamento en la despedida. No es que yo no lo lamentara, pero en ese momento solo quería subir al avión y dormir. Creo que será imposible para mí borrar esos ojos de mi mente.

Mi próxima parada, Suecia. Esta vez, ya me acercaba más a casa y tocaba cruzar al otro lado. Con la real intención de sumergirme en las profundidades del rock sueco, llegué a Halmstad.

Una historia en parte parecida a la de mi anterior destino, sucedió con Niklas. Un personaje curioso, intimidante, con unas ojeras más oscuras que las mías. Tenía algunas cicatrices en sus brazos y hablaba en un tono tenebroso y pausadamente. En pocos minutos ya me había poseído el espíritu del 'sí a todo' y en los siguientes días, pasé muchas horas sin dormir. Además, me atreví a probar varias drogas nuevas que contribuían a estas noches en vela. Pensé que quería quedarme allí para siempre. La personalidad oscura y enviciada de Niklas era enfermiza y adictiva, y precisamente por ello, necesitaba cuanto antes alejarme de su lado. De hecho, adelanté el viaje, sin importar lo caro que me pudiera costar. Esto se me estaba yendo de las manos. Niklas me preguntaba por qué me marchaba, y ni siquiera le di la más mínima explicación. Era demasiado para mí, aunque me hechizaba, muy a mi pesar, debía desaparecer a ser posible, sin dejar rastro.

Ya en Gdynia, fui directamente a casa de Adam, un antiguo conocido por temas literarios y artísticos, mas no mi amigo. Amablemente me ofreció alojarme un estudio anexo que tenía en su casa, una casa increíble. No por grande ni lujosa, sino por apacible, bien distribuida, y excelentemente ubicada. Adam era una persona solitaria, vivía con dos huskies siberianos enormes. Le gustaba cantar blues, escribir y leía más libros que nadie que yo hubiera conocido. Sabiendo de antemano algo de su personalidad, era perfecto para ser mi última parada antes de volver a casa. Después de la visita a Holmstad, necesitaba un poco de tranquilidad. Viví y experimenté allí, lo que había planificado para el resto del año, razón por la cual, mi itinerario y duración de mis viajes, cambiaron por completo.

No bebimos cerveza esos días, solo bourbon. A la tercera noche de paz, tranquilidad, en un paraje idílico, solitario, y escuchando a un volumen moderado el espeso y oscuro tema de blues *'Confession', acabé durmiendo con Adam. Disfruté de la paz que me transmitía cada minuto, cada momento. Estos días en Polonia posteriores a la visita a Suecia, me hacían sentir como si hubiera pisado primero el infierno, y después por alguna razón, por alguna excepción de los dioses, se me hubiera concedido el regalo de poder vivir en el paraíso celestial.

Al décimo día, Adam me escuchó pedir un taxi. No tuve que explicar absolutamente nada. Le di uno de los abrazos más sinceros y profundos que jamás haya dado antes en mi vida. Mientras esperaba el taxi, Adam no pronunció palabra. Él sabía lo que pasaba, sabía lo que yo pensaba sin haberlo contado nunca. No veía tristeza, no veía sorpresa en su expresión. Pero su fija mirada se clavó como una estaca a un vampiro, que era como me sentía yo en ese momento. Sin hablar, me subí al taxi y nuestras miradas se quedaron fijas el uno en el otro hasta que el camino ya no lo permitió más.

Al día siguiente, ya estaba de nuevo en Madrid. Al entrar en mi apartamento, tan solo cinco minutos después de dejar la maleta en la habitación, mi editor me llamó.

-Tienes 10 días para terminar el primer capítulo! Han adelantado las fechas, pero vamos sobrados, y mejores noticias, ¡¡han subido la oferta!! Mañana te llamo, estoy muy colocado y necesito un whiskey inmediatamente, luego me cuentas el viaje'-

Llegué a creer que yo era un ser indivisible. Pero ese día me encontré con que miles de sonidos y colores me componen, soy simplemente parte de un gran todo. Me encontré con que mi cuerpo quedó fragmentado en partículas que ocupaban sus distintos cuerpos a la vez. Una parte de mi se quedó en cada uno de ellos. Ni un grano de arena es tan insignificante, ni si quiera la luna es tan importante. Soy tan libre como presa de sus ojos, de sus brazos, de sus almohadas. No les pertenezco, no les debo nada, pero respiro con su aliento, me alimento de su semen, de sus palabras, sin embargo, nunca me quedaré. Sigo sin mirar atrás y en mi rostro, mi sonrisa calla todo lo que nunca me atreveré a contar.

****Part of Me**: Canción del proyecto en solitario de Chris Cornell. Perteneciente al disco 'Scream', publicado en el año 2009.*

***Confession:** Canción de la banda 'Me and That man'. Perteneciente al disco 'New Man, New Songs, Same Shit. Vol. 1', publicado en el año 2020.*

Autor: Oriana D. Castillo



Rose y la Luna Llena

En medio de esa pequeña y colorida aldea que se vislumbra al fondo del horizonte, vivía Rose con su dueña humana, ambas risueñas, pero completamente arrogantes y presumidas. Aunque Rose debía ser la mascota, parecía que en este caso los papeles se intercambiaban.

Una noche, Rose contemplaba la impresionante Luna Llena. Desde la ventana, Rose intentaba agarrarla pensando que estirando sus diminutas patas podría alcanzarla. Un increíble maullido se dejó escuchar en la madrugada y la humana desde su habitación, corrió aterrorizada hacia el salón. En un segundo llegó hasta la ventana muy asustada.

- 'Mi querida Rose, ¿Qué sucede? Por favor, dime que estas bien'-

- 'Noooo! ¡No puedo estar bien! - Contestaba la gata sin consuelo- 'Esa bola plateada, tan bella y brillante, parece estar tan cerca y no puedo alcanzarla. ¡Yo la quiero, la quiero para mí! ¡Por favor, tráela!'-

La humana estaba petrificada sin saber qué responder, lo único en lo que pensaba era en cómo podría traer la Luna hasta Rose y en cómo podría esta vez cumplir algo que parecía imposible. La humana prometió a la gata que traería la Luna de cualquier forma, tan solo necesitaría un poco de tiempo. Rose le dejó muy claro que no quería esperar demasiado.

Esa noche, Rose no durmió ni un segundo. Estuvo horas interminables observando la Luna hasta que desapareció del cielo, y cuando amaneció, se quedó dormida mientras una lágrima caía lentamente al cerrarse sus ojos. La humana fue testigo de estos minutos antes de que Rose cayera presa del cansancio y su corazón se entumeció, asegurándose a sí misma que haría todo lo necesario para hacer feliz a Rose, entregándole la Luna.

Después de esa noche, Rose había perdido gran parte de su alegría, sonreía poco y solo pensaba en la Luna Llena. Solía ser alegre y sonriente, jugando y saltando por el jardín, pero después de esa noche se dio cuenta de que no podría vivir sin la Luna Llena. La humana al principio había pensado que era un tonto capricho que se le olvidaría en breve, pero a Rose realmente le importaba. Por eso, se decidió a hacer todo lo posible por traerla y entregársela a Rose en sus propias manos.

Algunos días pasaba la humana pensando en cómo lo lograría. Estuvo varias noches en vela intentando diseñar la estrategia perfecta, pensando en borrar la

profunda tristeza de la gatita, que impregnaba con su dolor la casa y todo lo que había alrededor. Lejos quedaban ya esos días de carcajadas y sonrisas, de juegos y noches de lindos sueños. No podía esto continuar así.

Cuando llegaron finalmente los días de Luna Llena, la humana, después de una noche entera sin dormir, decidió que iría directamente hasta ella. Le pediría que bajara al menos por unos días, para jugar con Rose y para intentar devolver la alegría a esta pequeña criatura. Se despidió de Rose y le prometió que volvería con la Luna Llena. Rose no quería creer que fuera verdad, no quería tener ilusiones que luego se desvanecieran, porque eso le dolería mucho más.

Dispuesta a todo, la humana emprendió su camino. Se dirigió hacia el horizonte durante muchas horas, muchos días. Una inmensa tormenta se avecinaba. No podía imaginar que, habiendo visto la Luna tan llena, unas cuantas nubes opacaran el camino. Podía ver a lo lejos como los rayos se perdían en el paisaje que se unía con el mar. Empezaban a caer frías gotas de lluvia y el viento parecía que le haría volar en cualquier momento. Estuvo a punto de darse la vuelta, pero pensó que había logrado ya mucho más de lo que había podido imaginar. Sentía que había avanzado tanto, que no podía arrepentirse ahora. En realidad, tan sólo habían pasado unas horas desde su partida, pero la humana no lo sentía, estaba convencida de que había recorrido cientos de kilómetros.

Viendo la tormenta, buscó refugiarse en una cueva. Hacía demasiado frío. Ella no quería detenerse, pero se dio cuenta de que seguir bajo la tormenta podía ser peor, y por eso era más sensato esperar a que pasara. La cueva parecía un refugio acertado, y lo era, salvo por el hecho de que se encontró algunas sorpresas.

En su mochila, la humana llevaba varias cosas. Una manta para abrigarse, algo de pan de jengibre, unas galletas muy dulces y varias golosinas y caramelos. Sin embargo, aunque tenía mucha hambre, no le apetecía comer nada de esto. Observó que cerca del lugar donde había colocado la mochila, el más seco de los rincones que allí podía ver, había una planta de mediano tamaño con algo que parecían ser unos frutos color púrpura que le parecieron bastante apetecibles. Tocó la planta y se dio cuenta que estaba cálida y se animó a comer algunos de estos frutos que tenían un extraño sabor agridulce. Después de masticar cuatro o cinco, se sintió bastante llena y decidió dormir un poco. Se acostó con la cabeza encima de la mochila y se arropó con la manta para calentarse, en pocos segundos se quedó dormida. Sonidos y extraños colores flotaban por la cueva. Una dulce música se escuchaba a lo lejos con un pequeño eco. La humana escuchó voces que le hablaban y le cantaban, en un idioma

que no era capaz de entender, pero le encantaba como sonaba todo aquello. En la planta, observaba como los redondos frutos se convertían en libélulas de colores. Algunas azules y púrpura, otras rosa y turquesa, otras verde y amarillo. Empezaron a volar, y de pronto desaparecieron en la oscuridad, fuera de la cueva. Justo después, muchas otras libélulas parecidas a las que acababa de ver comenzaron a salir de su propia boca. La humana no podía creer lo que estaba pasando. Segundos más tardes escuchó un susurro al oído:

- 'La Luna Llena te espera'-.

Abrió los ojos exaltada, y salió corriendo fuera de la cueva vomitando sin poder controlarse. Después de lavarse un poco la boca y la cara con un pequeño pozo de agua cristalina que había formado la lluvia, volvió para recoger su mochila y continuar su ruta, arrepintiéndose de haber comido esos frutos que en realidad, nunca podrá saber lo que realmente eran. Estaba convencida de que tenía que haber continuado, aunque hubiese tormenta, truenos o inclusive, aunque hubiese habido fuego, viento, rayos o centellas.

Tras otras tantas horas caminando, ya había parado de llover. Era de día y se encontró con el Arcoíris, a quién pidió un poco de orientación. Le pidió que le indicara cómo llegar hasta el lugar donde moraba la Luna Llena. El bello Arcoíris con gran amabilidad, le dijo que escalando la última montaña que desde allí se veía, podría llegar a su destino. Le recomendó que, aunque era más difícil escalarla, llegaría antes que si la rodeaba.

Convencida de su propósito, esta vez continuó sin parar. Le costó varios días y noches sin detenerse hasta que finalmente llegó a la cima de esa montaña. La humana esperó todo el tiempo que fue necesario hasta que la Luna Llena volviera a aparecer. Ya no le quedaba pan de jengibre, ni galletas ni caramelos, y sabía si veía frutos púrpuras nuevamente, no los volvería a comer, aunque estuviera muriendo de hambre.

Cuando la Luna vio que la pequeña humana logró escalar la montaña y llegar hasta su hogar, se enfureció puesto que no podía creer que realmente ya estuviera allí. La Luna lo sabía todo, la había visto emprender el camino, pero jamás pensó que verdaderamente se encontraría frente a frente con ella algún día. Hubo un silencio abismal, se vieron fijamente durante unos minutos, y fue durante esos minutos, cuando al ver los grandes y expresivos ojos de la humana, que la Luna olvidó su enfado, y con mucha seriedad, le dirigió algunas palabras:

- ‘Pequeña humana, ¿Cómo osas entrar en mis aposentos? Nadie jamás ha llegado hasta aquí antes, muchos lo han intentado sin éxito, ¡y nadie jamás se ha atrevido a molestarme!’-

-‘Querida Luna Llena’- respondió la humana-.- ‘Me he atrevido a hacer este largo y duro viaje porque sé que aunque nadie antes lo haya terminado, cuando te confiese el motivo, sé que no te molestará que esté aquí. Estoy segura de que entenderás mi visita’-.

-No estoy segura de lo que dices. No sé qué haces aquí ni quién eres. Aceptaré tu explicación, pero tan pronto como acabes, ¡quiero que te marches y no vuelvas a venir jamás!

-‘Déjame hablar. Déjame explicarte, o mejor, déjame mostrarte mis motivos, déjame abrirte mi mente, no pronunciaré ni una palabra. Porque sé que desde aquí todo puedes verlo, sólo te pediré que bajes tu mirada, hacia esa ventana. Fija tus ojos en esa casa, en esa ventana de colores que se ve al lado de ese gran parque lleno de árboles, y sabrás por qué estoy aquí-‘

Se acercó a la Luna y la tocó, para que pudiera entenderlo todo. Con las cejas fruncidas y muy sorprendida del tacto humano, la Luna Llena bajó su mirada, la fijó en la ventana y observó durante horas a Rose con las lágrimas rodando sobre su rostro. Durante ese largo rato, la Luna se transportó a lo que hace unos días sucedía. Pudo estar presente en el primer momento en que Rose empezó a sentir ese deseo infinito de poder tener con ella, la Luna Llena. Pudo sentir en su propio corazón la tristeza profunda que llevaba Rose dentro, pudo tocar sus lágrimas y en ese instante no dudó en ningún momento de que también quería ella estar con Rose.

Habían pasado muchas horas ya, y la pequeña humana se había quedado dormida, presa del agotamiento. La Luna Llena despertó a la humana y le dijo:

-‘Pequeña humana, comprendo perfectamente todo lo que sucede. No has de insistir, he vivido en carne propia lo que siente Rose y no quiero permitir que su tristeza se profundice ni un segundo más. Estoy dispuesta a bajar y permanecer siempre a su lado, lo estoy. Pero esta decisión, que hará feliz a Rose y además acabará con lo que parecía sería mi eterna soledad, costará al mundo unos pocos días de oscuridad. Mientras no esté yo, el planeta quedará sin mi luz hasta que la siguiente Luna vuelva a iluminar el cielo’-.

Todas las estrellas estaban escuchando, sus caras expresaban miedo y tristeza, pero todas entendían que la visita de la humana simplemente había traído a la

Luna Llena algo que ella estaba inconscientemente esperando, el final de sus largos días de soledad.

Cuando la Luna y la humana emprendieron su camino, Rose, ignorante de la situación, estaba ya casi sin fuerzas. Se había quedado inmóvil cerca de la ventana de colores, en el suelo, pensando que, por su culpa, no solo viviría sin la Luna, sino que su humana tal vez no volvería jamás, y quizá no debió permitir que emprendiera ese viaje. Se sentía culpable, llena de incertidumbre y mucho más triste que antes de que la humana partiera.

Justo cuando Rose pensaba que respiraría su último aliento, la Luna y la humana entraron por el jardín. La humana llevaba a la Luna Llena en una hermosa caja plateada que sería el regalo para Rose. Al abrir la puerta, Rose estaba en el suelo envuelta en llanto. La humana pensaba que había sucedido lo peor, pero no. Rose levantó su mirada y sus ojos se llenaron de vida nuevamente al ver a su humana, solo con esto ya se pudo levantar del suelo y se abrazaron largo rato entre lágrimas y sonrisas. Rose no imaginaba lo que luego sucedería. La Luna Llena no pudo contener su alegría y saltó de la caja para también abrazar a Rose.

Y mientras Rose, la humana y la Luna Llena bailaban y cantaban, fueron muchos los días de muchos años que temporalmente el planeta permanecía oscuro con tan sólo las luces de unas pocas estrellas que derramaban algunas lágrimas cada vez que recordaban que hace un tiempo la noche y ellas resplandecían grandiosamente junto a la intensa luz de la Luna Llena…

*Chrysantha

I

- '¡Todos los árboles brillan más que ayer y que anteayer! Me encanta la luz sobre la vegetación, sobre el mar, hoy todo resplandece con más intensidad`-.

Habíamos viajado cuatro horas hasta llegar a este pueblo en la costa. Nos daba igual la duración del viaje porque sabíamos que era un lugar extraordinario: La pequeña bahía de Chichiriviche. Ubicada entre montañas, la playa tiene ese suave y agradable oleaje que invita a no salir del mar en horas. Aguas cristalinas, abundante fauna marina, los corales de la ensenada, la paz y la tranquilidad que reinan alrededor; todo esto sumado a sus encantadores y amables habitantes, lo convierten en un



rincón mágico que nos sedujo desde el primer momento. Recuerdo que cuando les conté a los muchachos que iría a pasar unas vacaciones con ellos, Atenea no tardó en pronunciarse y sin preguntarnos, decidió que iríamos a Chichiriviche. Quizá solo seguía su instinto e inconscientemente nos guio hasta el que sería nuestro inalterable destino.

La verdad, habíamos llegado a un punto en nuestras vidas en el que necesitábamos reencontrarnos y desconectar de nuestros trabajos, por eso en cuanto supe que tendría unos días libres ese verano de 2016, les llamé uno por uno para organizarlo todo. Aunque todos amábamos lo que hacíamos, nos vimos en la necesidad de interrumpir nuestras interesantes pero agitadas rutinas durante algunos días.

Teníamos la buena suerte de trabajar y vivir de lo que más nos gustaba. Eduardo se dedicaba a la edición cinematográfica; Atenea era actriz de teatro, con funciones y obras casi todos los días del año por todo el país; Omar, un joven y muy apreciado periodista de un importante periódico de su ciudad; Alejandro un excelente psicólogo con pacientes ampliamente satisfechos con los resultados de sus terapias; y yo, siempre dedicada a la música, me encargaba de componer bandas sonoras de películas independientes, aparte de ser la voz solista de una banda diferente cada año.

En total, éramos seis quienes veníamos dentro de nuestro destartalado Cherokee: Simba en la parte trasera, Alejandro, Omar y Atenea ocupaban los asientos de en medio, Eduardo venía conduciendo y yo de copiloto. Me parecía increíble como este Jeep podía aguantar tantos viajes, tanto sol y tanta lluvia, seguramente iba a vivir más años que todos nosotros. Tan increíble como los saltos de alegría que daba nuestro perro Simba porque ya sabía que le esperaban unos días de vacaciones únicos.

Al llegar, dejamos el coche aparcado al final de la carretera, fuimos andando por la fina y blanca arena unos cinco minutos hasta la casa en la que nos íbamos a alojar.

Después de forcejear un poco con la llave y la cerradura de la vieja puerta, entramos al que sería nuestro hogar temporal, el cual tenía en la entrada un pequeño cartel que ponía 'Los Carajitos'. Atenea y Eduardo entraron los primeros y abrieron su primera cerveza. Alejandro y yo comenzamos a organizar las bolsas de comida que habíamos bajado del coche y Omar enseguida revisó su mochila para sacar uno de los libros que iba a leer durante estos días. Realmente llevaba más libros en su equipaje

que ropa o cualquier otro artículo. Por esa razón, algunas veces nos veíamos obligados a pedirle que nos pusiera un poco de atención y apartara sus ojos un rato de las páginas. Era una obsesión que parecía transportarle a otros mundos, convirtiéndose en tarea difícil traerle de vuelta a la realidad.

Una vez guardada la comida en la cocina, le pedí a Omar que me acompañara a investigar un poco, pero no me hizo mucho caso, de hecho, creo que ni siquiera me escuchó. Decidí salir, pero antes me bebí un gran vaso de agua fría porque hacía muchísimo calor y necesitaba calmar mi sed desesperadamente. Afuera, me encontré con algunos lugareños que me recomendaron visitar la plaza del pueblo para disfrutar de las fiestas de la Virgen del Valle, habría una actuación del grupo de danza 'Baila Corazón' y también veríamos la elección de la reina del pueblo. Por supuesto que las festividades religiosas no son mi fuerte, pero me interesaba muchísimo poder tomar unas cuantas fotos que reflejaran la espontaneidad y las tradiciones de este bello lugar.

A lo lejos vi venir a Atenea paseando con Simba. Fue muy fácil distinguirla, gracias a sus rizos dorados e impolutos.

–''Atenea, Caminemos un rato. Sé que detrás de donde se ve esa roca gigante, hay una especie de pequeña selva que podríamos explorar. No te preocupes de los bichos, llevamos al perro, zapatos cerrados y además un palo, con lo cual creo que podemos estar protegidas. Además, tampoco está tan lejos, en cuanto nos cansemos podemos volver''-.

Atenea no estaba convencida de ir allí, me decía cosas raras que yo no entendía. A simple vista parecía estar bien, contenta, agradecida del viaje, de la naturaleza que observábamos, pero cuando miraba hacia el horizonte, me hablaba de que su corazón se empezaba a sentir en otro lugar.

- ''Tengo que confesarte algo, –me dijo- y es que entrar en lo profundo de este paisaje me aterra tanto como lo mucho que deseo conocerlo. Se que una puerta está por abrirse y yo quiero estar allí, siempre allí''-

Imaginé que serían los efectos de lo que habíamos fumado durante el viaje, por eso no le di demasiada importancia, aunque pensándolo bien, con todo lo que habíamos fumado tantas veces otros días y, en ocasiones, mucho más que hoy, nunca la había oído decir tantas cosas sin sentido.

Me despedí de la mujer del kiosco de empanadas con quien estuve conversando y avanzamos Atenea, Simba y yo hacia la roca. Mientras andábamos,

podía sentir el olor del mar, las palmeras en movimiento, percibía a lo lejos distintas voces, diferentes conversaciones, el sonido de las olas, ladridos. maullidos, estaba fascinada. Cuando llegamos a la roca, fue inevitable empezar a cantar *'Sinnerman' con toda mi inspiración. Atenea utilizó dos palos y medio coco vacío para marcar el ritmo y yo arranqué a cantar como si estuviera en un escenario inmenso:

–''…Well I run to the rock,

please hide me I run to the rock

please hide me I run to the rock

please hide me Lord

All along dem day

But the rock cried out I can't hide you

the rock cried out I can't hide you

the rock cried out I ain't gonna hide you guy

All along dem day

I said rock Wha'ts a matter with you rock

Don't you see I need you rock

Lord Lord Lord

All along dem day''…-

Después de repetirla unas tres veces sin interrupciones, Simba empezaba a impacientarse por lo que decidimos parar nuestra actuación y continuar hacia los matorrales, o lo que yo llamaba, la pequeña selva. Vimos varios árboles, algunos de ellos realmente hermosos como el Matapalo, la Ceiba, pero otros parecían extraños, como si fuesen dos especies distintas fundidas en uno. El primer araguaney que recuerdo haber visto era grande, colorido e imponente; bellísimo. El siguiente árbol tenía hojas amarillas y era muy frondoso, lo cual me recordaba al araguaney, pero aparte de esto, tenía cocos de color rojo y el tronco era exacto al de una palmera. Su altura seguramente sobrepasaba los treinta metros. Al adentrarnos un poco más, escuchamos lo que pensábamos era un búho. Cuando Simba ladró, el animal salió volando y le vimos posarse en una de las ramas. Aunque sus ojos, el movimiento de

su cabeza y el sonido que emitía eran exactos al del búho, su apariencia era muy diferente. Este animalito tenía el cuerpo negro y amarillo como un turpial, pero la parte superior y el colorido pico eran exactos a los del tucán. No llegamos a asustarnos, pero estábamos boquiabiertas. Nuestro perro tampoco tenía miedo, sólo intentaba en vano alcanzar el pájaro para jugar con él.

Aunque ya había anochecido, el brillo de la luna llena que nos acompañaba era tal, que nos permitía ver con claridad todo lo que teníamos en frente. Posteriormente, empezaron a aparecer otros extraños e indefinidos animales voladores. No los recuerdo todos, aunque no olvidaré una especie de mantis religiosa de color púrpura y verde que saltaba de hoja en hoja, de planta en planta; luego desarrolló dos alas tornándose de azul y rosa, creciendo al menos diez centímetros más. La vimos alejarse como si se dirigiera directamente a la luna hasta que la perdimos de vista. Segundos después, el perro se topó con una especie de armadillo color turquesa con el que empezó a jugar. Teníamos la vista completamente perdida en lo que estaba sucediendo, cuando de pronto escuchamos que nos llamaba. Era increíble que se hubiese levantado de la silla deteniendo su lectura para venir a buscarnos. Despertamos de nuestro embeleso al escucharle, respondiéndole con otro fuerte grito, avisándole que regresaríamos en breve. Antes de llegar, veníamos asombradas a la par que risueñas pensando en lo que habíamos visto. Con entusiasmo, empezamos a relatarle lo ocurrido, pero claro, lo único que hacía era reírse de nosotros. Al ver su bonita sonrisa adornada con un hoyuelo en cada mejilla, además de sus grandes y expresivos ojos, le dije:

–''Omar, es cierto, mira, aún no nos hemos alejado tanto ¿Quieres ver el lugar? Podemos llevarte hasta allí para que lo compruebes''-

Incrédulo, me respondió: -'' Tengo demasiada hambre, hemos servido ya los platos para cenar y sólo estamos esperando por vosotras dos, ya iremos mañana''.-

Antes de alejarnos más, con mi dedo le indiqué: - '' Si, está bien, pero antes de marcharnos definitivamente, recuerda, es allí, detrás de la roca gigante, aunque no se aprecia muy bien, creo que se distinguen a lo lejos los árboles gigantes, ¿puedes verlos?''-.

Nos miró fijamente durante unos segundos y contestó:

- ''Muchachas, estamos cansados, hambrientos; es mejor que entremos, y cenemos. Sería buena idea irnos temprano a dormir porque mañana tenemos muchísimas fotos que tomar, además quiero escribir un poco sobre este lugar y tal vez

publicar un artículo en el periódico de la ciudad en cuanto volvamos. Por cierto, puede que llueva y por la noche me han dicho que hace un poco de frío. Imagino que estáis agotadas, hace más de dos horas que os habéis ido y si no voy a buscaros, seguiríais todavía paseando. -''

Atenea y yo nos miramos asombradas porque no sólo seguíamos viendo la luna llena iluminando toda la playa, sino que, según nuestros cálculos, no habíamos tardado ni siquiera treinta minutos en todo el recorrido. En fin, teníamos bastante hambre y en cuanto sentimos el espectacular olor a arepas, entramos corriendo a sentarnos alrededor de la mesa redonda de madera que habían preparado Alejandro y Eduardo de forma impecable. Nos sentimos un poco mal por no haberles ayudado, pero tampoco imaginábamos que habíamos tardado tanto, al parecer nos entretuvimos demasiado sin percatarnos.

En cuanto a la cena, realmente éramos muy afortunados por contar con Omar, porque el resto de nosotros no teníamos muy buena mano para la cocina, con lo cual, cuando le tocaba cocinar a él, comíamos los platos más ricos que pudiera yo probar, nada podía competir con ellos. Mientras el glotón de Simba devoraba su comida sin mirar a los lados, nosotros empezamos a servirnos. Dos arepas para cada uno de rellenos variados: pollo, queso, carne mechada, jamón y por supuesto con un toquecito de mantequilla para que estuvieran perfectas, y en efecto, lo estaban. No sé cómo fuimos capaces, pero después de todo lo que comimos, continuamos bebiendo cervezas un rato más, nuestros estómagos eran insaciables. Un poco de música del inolvidable Simón Díaz sonaba de fondo mientras conversábamos de muchas cosas, entre ellas de lo que nos había sucedido hacía un rato a Atenea y a mí, pero esto sólo provocó algunas risas consiguiendo que cambiásemos de tema de inmediato. Las dos nos miramos encogiendo nuestros hombros con un poco de decepción, sin cuestionar demasiado por qué no nos creían. Finalmente, a la una de la madrugada decidimos todos ir a dormir, queríamos levantarnos temprano para poder disfrutar al máximo del lugar y poder recorrer todo lo que nos fuera posible teniendo en cuenta que sólo estaríamos pocos días. Según el reparto de camas y habitaciones, me tocó dormir en el sofá; tengo que decir que fui afortunada porque era un sofá grande, cómodo y podía tener la suerte de dormir sola ya que, de lo contrario, habría sido imposible descansar. Yo sabía que la noche se convertiría en una competencia de ronquidos entre Omar, Atenea, Alejandro y Eduardo en la que elegir un solo ganador sería una tarea imposible.

A través del cristal de la ventana, la luz de la luna iluminaba el salón, dichosa me sentía desde luego, me eché una sábana encima y caí rendida en segundos. En la profundidad de mi sueño, sentí que algo caminaba sobre mi cara y cuando abrí los ojos, lo vi saltar hacia mis rodillas, sus coloridos ojos me miraban fijamente. Era la mantis, la que había visto hace unas horas en aquel lugar detrás de la roca. La miré fijamente sin atreverme a hacer ningún movimiento, no sentía miedo ni pretendía gritar, pero quería saber qué quería este pequeño animal. Después de otro pequeño salto se acercó un poco más a mi rostro y aun mirándome, sonrió, volvió a desarrollar sus dos coloridas alas y salió volando por la ventana que yo juraría haber cerrado completamente antes de acostarme. Sin salir de mi asombro, vi entrar al armadillo con el que había estado jugando el perro mientras estuvimos detrás de la roca, le vi subirse encima de la mesa y robó un trozo de papaya que Eduardo había cortado después de cenar. Con el trozo de papaya entre sus dientes, el animal salió corriendo, dejando la puerta abierta. Me levanté y me asomé por la ventana y le vi alejándose rápidamente por la orilla de la playa.

II

El brillo del sol me despertó. No recuerdo si volví a cerrar la puerta por la madrugada o en que instante me quedé dormida de nuevo. Ante la confusión, me senté en el sofá intentando recordar cuando en ese momento Omar apareció en el salón viendo mi cara confusa y no pudo evitar interrogarme.

‘’- ¿Has dormido bien? ¿Qué te pasa?’’.-

Sin pensar en que me creyera o no, le contesté contándole todo lo que había sucedido:

- ‘’Créeme Omar, el insecto gigante entró, con gigante te quiero decir que era casi del tamaño de un gato, estuvo un rato aquí, y cuando ya se iba entró por la puerta el armadillo que habíamos visto detrás de la roca ¿Recuerdas, que te lo habíamos contado Atenea y yo? Pues se subió en la mesa, se comió un trozo de papaya, saliendo inmediatamente después por la puerta. Poco después me asomé por la ventana y le vi marcharse con el trozo de papaya en la boca-‘’.

Alejandro, no pudo evitar escucharlo todo, y se dirigió hacia mí igual de incrédulo:

‘’-A lo mejor soñabas ¿Estás segura de que no ha sido un sueño? -‘’.

A lo que yo respondí: ‘’-Me haces dudar, pero te prometo que no me comí la papaya que quedó en la mesa y como ves ya no está’’. -

Alejandro se acercó a la cocina y en efecto, comprobó que faltaba la papaya, pero bien podía haber sido el perro quien se la hubiese comido, porque a Simba le gustaba la fruta. Luego se alejó, le vi agarrar algo de la esquina de la mesa y se lo guardó en el bolsillo mirando hacia los lados sin decir nada. No me detuve a pensar qué era lo que se había guardado en el pantalón, ya tenía suficiente con lo mío. Eduardo nos oía desde la habitación, y con la intención de calmarnos, nos animó a que nos arreglásemos para desayunar y posteriormente bañarnos en la playa. Debíamos aprovechar cada minuto.

Por recomendación de algunos lugareños, fui con Eduardo a eso de las ocho de la mañana a comprar unas empanadas en el kiosco que estaba cerca de la playa para desayunar. Esperamos un rato hasta que por fin la encantadora dueña, Yoa, nos sirvió diez empanadas de cazón para llevar; olía muy bien y estábamos impacientes por devorarlas. Cuando entramos, ya Atenea había hecho café, y ya se había tomado por lo menos tres tazas. Nadie mencionó lo sucedido poco antes, salvo por la petición que nos hizo Eduardo de que intentáramos reducir el consumo de ciertas sustancias que podían afectar nuestra visión de la realidad con el fin de evitar ciertas ‘alucinaciones’, -fue así como lo llamó-. Le pedí amablemente que se callara o le tiraría de las orejas en cualquier momento. lo que provocó unas cuantas carcajadas, que no cesaron hasta que llegamos la playa para bañarnos.

Era apasionante sentarse en la arena, observar a los pescadores ir y venir, recoger sus redes, ver poquísimos visitantes y observar lo bello que seguía siendo este sitio, a pesar de estar a unas pocas horas de la gran ciudad. Casas bajas, pequeñas, respetuosas con la hermosísima playa que teníamos en frente, kioscos, música a bajo volumen, sonrisas, saludos, pieles negras, bellas y brillantes convertían este lugar en uno de los más tranquilos y bonitos que había yo visitado. No solo nos dimos varios chapuzones sino también pasamos algunas horas al sol, hasta que volvimos a casa para dejar las toallas, coger las cámaras y salir a comer. Encontramos a pocos metros de la playa, un restaurante estupendo para cumplir nuestro antojo de comernos un buen pescadito frito con tostones y ensalada; no nos decepcionó, estaba riquísimo. Alargamos un rato la hora de la comida entre cervezas y risas hasta que el reloj marcó las cinco de la tarde, hora en que ya el sol empezaba a darnos tregua, para ir a la Plaza Bolívar a disfrutar de las fiestas. La plaza estaba adornada con diferentes motivos, varios de ellos religiosos, rindiendo homenaje a la Virgen del Valle.

Atenea y Omar sacaron sus cámaras profesionales para capturar cada minuto de forma impecable. Eduardo llevaba a Simba, que estaba fascinado con su paseo. Alejandro y yo conseguimos iniciar la grabación desde distintos puntos con lo que luego entre todos, haríamos un pequeño documental sobre lo que viviríamos durante estos días. Parecía que no podíamos dejar la profesión en casa y hasta en vacaciones seguíamos cantando, fotografiando, grabando, analizando personajes o tomando nota de nuestras aventuras.

Al hacer una que otra entrevista, varios de los lugareños coincidían en una leyenda que llamó poderosamente nuestra atención. Tuvimos la suerte de que, al conversar con ellos, sonaba de fondo *'Mi Querencia', lo que hacía que, por casualidad, tuviéramos una parte perfecta de la banda sonora sin haberla preparado. La historia que nos contaban era que por estas fechas, preferían evitar subir a la montaña al atardecer, puesto que sabían de algunas personas que después de haber subido, nunca más volvieron. Otros, que estaban cerca de nosotros escuchando, se reían y nos decían que no les creyéramos, que eran sólo tonterías, mitos que se habían formado a través de los años, que mayormente se utilizaban para persuadir a los jóvenes con el fin de evitar que se adentraran en la montaña y preocuparan a sus madres. La mayoría nos describían la montaña como un sitio encantador, fácil de recorrer con claros caminos de entrada y salida que lo convertía en un lugar interesante de visitar y fotografiar sin correr ningún peligro, salvo en ciertos días en los que, insistían, no era buena idea estar allí. Justo cuando terminaban de hacernos este comentario, apareció Luis, un hombre de unos sesenta años que no dejaba a su compañero terminar de hablar. Luis nos relataba convencido que no era esto del todo cierto.

–''A ver, todo hay que decirlo con cuidado. Tampoco queremos asustar a los visitantes. Mi abuela siempre me hablaba de esta montaña. Cuando mis primos y yo éramos unos niños de entre 5 y 8 años, solíamos reunirnos en su casa algún fin de semana o cuando teníamos vacaciones en la escuela. Por las noches, nos hablaba sobre la montaña insistiendo en que sólo algunas personas vivían extrañas experiencias allí, como si unos pocos fuesen 'escogidos' para no regresar. Por lo visto, algunos se dejaban cautivar por la montaña, el caso es que no se perdían ni algo les atrapaba, se cree que se fundieron con la naturaleza, por voluntad propia y por eso, más nunca se les volvía a ver. Parece que a estas personas algo les pasaba antes de entrar, que había algo que les llamaba, que les guiaba, sin engañarles ni nada, como que recibían un guiño, una invitación a vivir allí para siempre. Conforme fuimos creciendo, pocos seguimos creyendo en esto. Yo casi lo había olvidado después que

ella murió, pero un día me atreví a subir cuando se suponía que no debía. Yo había subido muchas veces de pequeño, pero siempre bajábamos de ahí antes de que anocheciera. Sólo esa vez, subí con mis amigos más tarde de lo usual, porque preferimos esperar a que se apaciguara el calor. De esto hará ya unos treinta años. Guardamos en la mochila una botella de ron, llevábamos una guitarra y ahí estuvimos tocando un repertorio variado que iba desde Alí Primera hasta Lena Horne. A nosotros siempre nos ha gustado mucho la música, y aquí en el pueblo nos dedicamos mayormente la pesca, pero no queríamos que solo pescar ocupara nuestros días, así que todas las tardes tocábamos y cantábamos. No lo hemos dejado, no, pero ya somos menos porque algunos se han ido a la ciudad o simplemente ya no están. Yo no, yo de aquí no me muevo, este pueblo es mi pasión y aquí está mi vida entera. He viajado mucho cuando he podido por todo el mundo, pero siempre vuelvo porque aquí nací y aquí moriré. Te sigo contando lo de la montaña, que me despisto. Como te decía, estábamos ahí arriba tocando la guitarra, Carmen cantaba, tenía una voz impresionante; Rosa tocaba el quitiplás; Jorge, Raúl y Marbia hacían los coros, o al menos eso creían ellos, al mismo tiempo que no le daban respiro a la botella de Cacique. Al llegar recuerdo que estaba todo muy tranquilo: árboles, matorrales, insectos, pues lo que tiene una montaña. Pero ya sobre las siete, que estaba muy oscuro, vi una cosa muy rara. Uno de los árboles que tenía enfrente, que estaría a unos cinco metros de distancia, lo notaba como más grande, más alto que al principio. No le hice mucho caso en el momento, pero yo aseguraba que no estaba así cuando llegamos. Conforme avanzábamos en el repertorio musical, vi más cosas en el árbol. Te juro que le vi ojos, que me estaba sonriendo, y es que no les conté a mis amigos nada porque sé que me habrían acusado de estar totalmente borracho. Solo les pregunté

- ‘’Oigan muchachos ¿No ven algo raro ustedes aquí?, yo creo que ese árbol… no sé, es raro, ¿no? -

Pero lo único que hicieron fue morirse de la risa y me quitaron la botella. Al cabo de un rato, el gordo Jorge decía que estaba hambriento y nos fuimos. Yo caminaba lejos de ellos cuando volví la mirada hacia atrás, porque me encariñé con ese árbol, y quería, digamos, decirle adiós, sin esperar en absoluto ver lo que vi: que él moviera una de sus ramas y se despidiera de mí. Me quedé petrificado unos minutos, hasta que el negrito Raúl regresó, me agarró el brazo preguntándome qué hacía ahí parado, y me pidió que me diera prisa porque teníamos que caminar casi una hora montaña abajo. Eso no lo podré olvidar jamás y siempre he pensado que a lo

mejor ese árbol era una de esas personas que había subido allí y que no había regresado’’-.

Alejandro atendía a la historia sin parpadear y le preguntó a Luis:

‘’- ¿Qué es eso que les pasa a las personas que luego no vuelven, eso que decía tu abuela que les sucedía antes de subir?’’-.

- ‘’Pues que ven cosas raras’’-. ‘

- ‘’Qué cosas Luis?’’-

-‘’Cosas que no existen, que los demás no ven…algo como…’’-

Justo en ese instante escuchamos un grito:

-Luiiiiiiis, entra pues muchachoooooo.! ¡¡Estamos todos sentados en la mesa chicooo!!

-Voy Mamáaaa voyyyy! No ves que estoy hablando con esta gente, espérate un poco que no tienes paciencia…-‘

A voces se comunicaban mientras Luis se dirigía hacia la puerta de su casa. Su madre, era quien le llamaba desde la casa de enfrente de la plaza, gritándole a todo pulmón que estaban todos esperándole para cenar y que las cachapas se estaban enfriando.

Después de despertar de nuestro asombro, nos propusimos a grabar la actuación del grupo de danza local y la elección de la reina. La afortunada elegida fue Hipólita, a quien vimos llorar de emoción al recibir la corona y a quien quisimos también hacerle algunas preguntas mientras Atenea y Alejandro tomaban fotos.

Una vez finalizadas las actuaciones, decidimos que era hora de relajarnos, de beber un poco, con lo que nos dispusimos a llevar los equipos de vuelta a la casa, guardarlos y así evitar que se pudieran caer o dañarse.

Volvimos a la plaza, pedimos unos perritos calientes y algunas cervezas. Posteriormente bebimos guarapìta, mientras bailábamos ante la atenta mirada de algunos de los asistentes que disfrutaban de nuestros inexpertos y torpes pasos e intentaban disimular sus risas.

Sin parar de bailar, de pronto perdí la memoria, lo único que recuerdo es a Eduardo quitándome el vaso de las manos. Momentos aislados vienen a mi mente. La luna gigante y un cielo repleto de hermosas estrellas se tambaleaban ante mis ojos

dando vueltas sin cesar. Voces ralentizadas, carcajadas a lo lejos, vista borrosa a ratos, sentía que flotaba por encima de todos los que allí continuaban bailoteando, cuando de pronto percibí al árbol. El árbol del que hablaba Luis, estoy segura de que era ese, me tendía la mano, me pedía que le siguiese y a su lado estaba Simba que saltaba de alegría, como cuando le ofrece alguien unas galletas o un juguete. Yo escuchaba gritar a Atenea, pero no la veía.

-‘’¡Vamos, camina! Nos queda poco por recorrer y me muero de ganas por estar allí. Mira al perro ¿Ves que contento está? Estoy segura de que nos va a encantar quedarnos aquí. ¡Este es nuestro lugar!’’

Ella seguía hablando, pero yo no podía entender, no era capaz de descifrar lo que intentaba decirme, debía ser algo extraordinario porque tenía una sonrisa que parecía no caberle en su rostro.

III

Me desperté con el rayo de sol que entraba por la ventana del salón calentando la casa y mi cara. Me acerqué a la mesita que tenía al lado y vi el reloj, eran las 8 de la mañana. Cuando ya por fin había abierto los ojos por completo, vi a Eduardo salir de su habitación al mismo tiempo que en voz bastante alta, como de costumbre, nos pedía que nos levantásemos y nos pusiésemos en movimiento. Nos pedía volver a la plaza e intentar hablar de nuevo con Luis, para que siguiera contándonos su maravillosa historia de la montaña y terminar de grabarla para nuestro documental. En cuanto Atenea, Omar y Alejandro escucharon esto, dieron un salto y empezaron a prepararse para ir a buscar a este buen hombre. Después de alimentar al perro, nos tomamos un breve café y salimos con paso acelerado para intentar encontrarle en su casa. Mientras caminábamos, le pregunté a todos qué había pasado exactamente la noche anterior. Quería que me contaran cómo pude llegar a perder el conocimiento de esa manera y cómo había logrado yo volver a casa. Omar me respondió antes que nadie:

- ‘’No entiendo tu pregunta. Después de bailar un rato y beber un poco, volvimos todos a casa caminando con mucha tranquilidad, riéndonos como tontos de cualquier cosa que Alejandro y Atenea decían, con la borrachera que llevaban. Nos fuimos todos a dormir y así acabó nuestra noche’’. -

Alejandro agregó:

- ‘’ Recuerdo que, en algún momento, te escuché decir algo que no entendí mientras mirabas hacia la montaña sonriendo. En cuanto te toqué el hombro, volviste hacia nosotros y seguimos. Vaya, no imaginaba que hubieses bebido tanto-.

Les contesté que no recordaba cómo habíamos vuelto, pero me convencí a mí misma de que tal vez había bebido demasiado y seguí con ellos hacia la plaza.

Al llegar, Atenea se acercó a la puerta de la casa de Luis, desde donde el día anterior su madre le llamaba para cenar. Vimos que la muchacha que había ganado el concurso de la reina del pueblo era quien nos abría la puerta. Quedamos unos segundos embelesados con sus bellos ojos verdes hasta que Eduardo rompió el hechizo del momento preguntándole por Luis.

- ‘’Buenos días. Quisiéramos ver a Luis ¿Está hoy aquí?

- ‘’Perdón, ¿Luis? ¿Qué Luis?

-Estuvimos ayer hablando con él, nos estuvo contando historias sobre el pueblo y la montaña, pero le interrumpió su madre porque le llamaba para cenar y nos quedamos con mucha curiosidad. Por eso hemos venido a buscarle para saludarle, tomarnos un café con él y seguir escuchando las historias de la montaña.

- ‘’¿No estarán ustedes jugando conmigo? Mi tío Luis, si es él por quien preguntan, está muerto desde hace 10 años. Yo era muy pequeña cuando murió, tendría unos seis años más o menos. En cuanto a mi abuela María, ella murió poco antes que mi tío. Imagino que estarán ustedes equivocados, a lo mejor están buscando a otro Luis.

Dudando si tal vez nos hubiésemos confundido de casa, le dije;

‘’-Niña, aunque empiezo a dudar y a lo mejor esta no era la casa que vimos ayer, quisiera mostrarte el video que grabamos para ver si reconoces al Luis del que te hablamos. No recuerdo que le tomásemos fotos, pero si le grabamos mientras hablaba’’-

Oía a Atenea susurrar que sí, que era esa la casa, que ella estaba muy segura.

-Shhh! Atenea por favor, pásame la cámara para enseñársela a…Niña ¿Cómo te llamas?

-Hipólita

-Gracias Hipólita. Mira te enseñaré el vídeo. -

Estuve unos minutos intentando encenderla, pero me di cuenta de que algo fallaba.

- Atenea, la cámara no enciende, ¿Qué pasa?

¡Atenea había olvidado cargar la cámara y no pudimos enseñarle el video! Al darse cuenta, Hipólita nos ofreció café y nos invitó a entrar.

- ‘’Pasen, pasen, estoy segura de que se han confundido de casa, pero les mostraré unas fotos que tengo en mi álbum familiar para que vean ustedes que no pueden ser ellos porque hace mucho ya que no están en este mundo. ¡Ay, qué en paz descansen!’’

Después de tomarnos el riquísimo guayoyo bien calientito, empezamos a ver las fotos, y sí, en efecto, Luis y su madre María estaban en esas fotos. Eran ellos, a quienes habíamos visto el día anterior. Luis, el mismo con quien habíamos estado hablando largo rato, a quien habíamos grabado y quien nos había detallado las historias de la montaña encantada. Había fotos de Luis con la guitarra, rodeado de amigos con vestimentas de los años setenta, con su madre, con sus primos, muchas fotos del pueblo y de la montaña. Pude ver con toda claridad en una de ellas, el armadillo que había estado la otra noche en la casa. Sí, lo vi, estaba en la foto. Alejandro que estaba a mi lado, también lo distinguió e inmediatamente sacó de su bolsillo una especie de diente. En ese momento recordé cuando Alejandro al acercarse a la mesa de la que había desaparecido la papaya, se había guardado algo en el bolsillo; ahora me doy cuenta de que era este diente y que quizá pertenecía al armadillo.

Petrificados sin poder pronunciar palabra, Hipólita continuaba emocionada hablando sobre su abuela. Nos contaba que murió a los 96 años, que era fuerte como un roble, buena y muy divertida. Murió en paz porque estaba segura de que ese era su momento final y que toda su familia estaba sana y unida, siendo eso era lo más importante para ella. De Luis, nos confesó que poco después de la muerte de su abuela, desapareció en una excursión y que nunca encontraron su cuerpo. Aun así el funeral se celebró para asegurarse de que su alma descansara tranquila estuviera donde estuviera. Contaba ella que muchos en el pueblo decían que se había perdido en la montaña, que no era una montaña de fiar, pero otros aseguraban que un buen día partió hacia un lugar muy lejos y simplemente no dejó rastro.

Alejandro fue el primero en reaccionar rápidamente:

‘’Ehmm, si, si…ehhhm no….quiero decir…. Eh…Muchas gracias, Hipólita, nos habíamos equivocado, no era este el Luis que buscamos, seguramente nos habremos confundido’’-

Hipólita, sin embargo, quería ayudarnos. - ‘’Si quieren preguntamos a los vecinos, seguro que alguien le conoce. Dame la cámara, te la puedo cargar aquí con este enchufe y así podemos ver el video’’-

‘’Noo!- Gritó Alejandro- Eh, perdón, no, no… si… es que no queremos molestar de verdad, muchas gracias, niña, de verdad. Perdónanos que nos tenemos que ir que tenemos queeeee…queeee…darle de comer al perro, ya sabes, y pasearle un poco, si, y el Jeep, hay queee echarle aceite, gasolina, revisar ese ruido raro que tenía ¿Verdad Omar? Si ¿Recuerdas Eduardo? –

Estupefactos, le mirábamos fijamente sin parpadear mientras continuaba: - Si…eso es lo que tenemos que hacer…eh gracias… adiós. Vamos todos chicos vamos que se nos hace tarde’’-

Salimos corriendo de la casa de la reina del pueblo intentando encajar todo lo que nos había sucedido, lo que habíamos visto, lo que habíamos escuchado sin poder darle forma ninguna ni encontrar algún sentido.

IV

Cerca de las dos de la tarde salimos de casa de Hipólita. El calor era implacable en ese momento. Durante cinco minutos anduvimos por el pueblo sin un rumbo fijo, simplemente caminábamos como por inercia. Alejandro decidió volver para dejar la cámara cargando. Omar se había adelantado un poco y se puso a hablar con dos señores que encontró cerca del kiosco de empanadas de Yoa. Eran dos señores mayores, canosos, uno muy alto casi calvo y otro muy bajito con el pelo desordenado por el viento y de piel aún más oscura que la de su compañero. Cuando nos acercamos, le escuchamos decir al más alto, que había dos caminos para llegar a la montaña. Uno por la carretera, dejando el coche en cierto punto y luego seguir andando. Y la segunda opción que parecía ser mejor idea, era ir por el camino de tierra que se tomaba por detrás de la plaza porque era más encantador, no obstante, si llovía era complicado. Ese día el cielo estaba despejado y debíamos aprovecharlo.

Alejandro no tardó en regresar y Omar se despedía ya de los amables señores. Apenas volvió con nosotros, no paró de hablar de lo cordiales que habían sido y de lo

que había con ellos hablado. Me di cuenta de que él siempre intentaba esquivar todo lo que pasaba desde el primer momento en que llegamos a este lugar, parecía totalmente incrédulo ante todos estos sucesos e incapaz de aceptar que realmente algo fuera de nuestra explicación estaba teniendo lugar. Después de un largo e incómodo silencio, Omar se dirigió a todos:

- Yo creo que es el momento perfecto para subir a la montaña, antes de que anochezca. Hace un día estupendo y creo que debemos verla con nuestros propios ojos.

Atenea no estaba de acuerdo y contestó a las palabras de Omar.

-‘’Opino que deberíamos comer algo antes de continuar, tal vez esperar a que se cargue la cámara para poder ver las grabaciones de ayer y..’’-

-‘’Omar tiene razón’’ Interrumpió Alejandro- ‘’La cámara tardará en cargar y no merece la pena perder todo ese tiempo, postergaremos la hora de la comida.

Por increíble que pareciera, yo estaba del lado de Atenea:

-‘’Hace muchísimo calor ¿No deberíamos esperar a que baje la temperatura?’’

-‘’El camino que describen los señores está lleno de vegetación’’-contestó Eduardo impaciente-. ‘’Esto servirá para no pasar tanto calor. Además, tenemos agua suficiente. ¡Quiero ver la montaña!’’-.

Atenea y yo nos miramos y les dije a todos:

-‘’Esta bien! ¡Vamos! ¡Tampoco quiero esperar más!’’

Dimos un poco de agua a Simba además de algo de comida. Los chicos y yo nos comimos unos dulces de guayaba que llevábamos en la mochila y nos dispusimos a emprender finalmente el ansiado camino hacia la montaña embrujada.

Como de costumbre, yo iba de ultima. Intenté darme un poco de prisa para ponerme al lado de Alejandro y preguntarle por el diente del armadillo.

- ‘’Alejandro, quiero ver el diente, por favor déjame verlo’’-

Lo sacó de su bolsillo. Era una especie de diente minúsculo, blando y tenía la raíz al aire. Era claramente el diente de un armadillo. Lo podía recordar perfectamente porque él y yo, habíamos visto hacía unos pocos meses una enciclopedia que describía varios de los mamíferos más raros que existen, de las distintas especies de

armadillo que hay y de su interesante forma de vivir y alimentarse. Aunque estoy segura de que el que vi esa noche, no estaba incluido en esa enciclopedia.

Con el diente en mi mano, le pregunté:

-''¿Me crees? Tú has visto las fotos que nos enseñó Hipólita y allí estaba. Se veía lejano y muy pequeño, pero era claramente él.

- ''Tengo que aceptar que todo lo que ha pasado no es normal, que sí vi algo extraño en la foto, pero no puedo estar seguro de que fuera un armadillo 'mágico'. Aunque tengo esto que parece un diente de armadillo, podría ser cualquier otra cosa.

- '' ¿Qué otra cosa? ¿Y la fruta que desapareció? El perro dormía, no pudo haber sido él''

- ''Tal vez sí. Tal vez lo soñaste todo. Tal vez…no lo sé y no sé si quiero saberlo''.

Omar que iba más adelante, nos indicaba:

- 'Es por aquí. Los señores me indicaron que continuáramos hacia la izquierda al ver el arco que se formaba por dos árboles muy altos que según ellos creían, llevaban miles de años allí, por lo visto existían desde antes de que ellos y muchas generaciones anteriores a las suyas. Este es el camino correcto''.

Atenea y Eduardo iban detrás de Omar con el perro, que cada minuto que pasaba me le veía más feliz que nunca.

Aunque pensábamos que faltaban horas para anochecer, al pasar el arco oscureció de pronto. Miré hacia el cielo pudiendo disfrutar de la espléndida noche con su gigante luna, y lejos de temer a que el sol se hubiese ocultado de forma repentina, continuamos camino arriba admirando lo que a noche nos regalaba. Tocamos todas y cada una de las plantas que veíamos, en silencio, recorrimos el lugar por un rato maravillados disfrutando de un aire verdaderamente puro. Empezamos a separarnos cada vez más los unos de los otros. Atenea, Simba y yo continuamos subiendo más y más. La luna continuaba viéndose desde abajo, formidable, y el cielo estaba repleto de hermosas estrellas. En frente de mí, de pronto, vi a aquel árbol. El árbol del que hablaba Luis, estoy segura de que era ese. Me tendía la mano, me pedía que le siguiese y a su lado estaba Simba, quien saltaba de alegría como si ya le conociera. Esta vez escuchaba la voz de Atenea, ahora sí la veía y la entendía claramente.

-‘’¡Vamos, camina! Nos queda poco por recorrer y me muero de ganas por estar allí. Mira al perro ¿Ves que contento está? Estoy segura de que nos va a encantar quedarnos aquí. ¡Este es nuestro lugar!’’

Un arco más pasamos Atenea, el perro y yo y fue en ese momento cuando por fin sucedió. Veía todo desde una altísima distancia. Mis brazos ya no eran brazos, eran ramas. Mi cabello eran hojas amarillas y mis pies, ahora raíces, se aferraban a la tierra. Atenea estaba a mi lado, tenía la misma altura, mis mismos colores y Simba, a mi otro lado, era un poco más pequeño. Y no muy lejos vimos a Luis.

Alejandro, Omar y Eduardo se despidieron con algunas lágrimas en sus ojos. Tristes, aunque no sorprendidos por lo que estaba sucediendo, por lo que habíamos escogido. Luis les invitó a quedarse, pero sin pronunciar palabra los vimos alejarse poco a poco montaña abajo.

Por la mañana, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. A lo lejos, pudimos ver nuestra antigua Cherokee en la carretera por el camino que conduce de vuelta a la Gran Caracas.

***Chrysantha.** Título inspirado en el nombre científico del árbol araguaney, `Tabebuia chrysantha’*

***Sinnerman.** Canción interpretada por la cantante estadounidense Nina Simone. Perteneciente al álbum ‘Nina at the Village Gate’, publicado en el año 1962*

***Mi Querencia.** Canción interpretada por el artista venezolano Simón Díaz. Perteneciente al álbum ‘Tonadas’. Publicado en el año 1974*

Kammermusikfestspiele

I

En 2006, poco antes de mudarme a Segovia, vivía con Alejandro, Eduardo y Aaron en Palo Verde, al sureste de Caracas. Hace mucho ya que no veo a Aaron, me contaron que ahora, diez años más tarde, se ha mudado a la Colonia Tovar, cansado del ajetreo de Caracas, para regentar una pequeña posada, apartado del mundo audiovisual. Cuando lo supe, me sorprendí bastante. No imaginé que él quisiera volver a la Colonia Tovar después de lo que nos pasó ese año, suceso que, por cierto, sólo quedó entre nosotros dos. Aunque insistieron todos en saber qué había sucedido en aquel viaje, nunca fuimos capaces de contarles la verdad.

Recuerdo que, en esa época, yo trabajaba componiendo música para las películas de directores noveles locales y gracias a esto conocí a Aaron y Eduardo. Ellos aun eran estudiantes de Cine en la Universidad Central y me encargaron la banda sonora de uno de sus filmes. Al poco tiempo, me mudé a su piso porque alquilaban una habitación y nos convertimos prácticamente en hermanos. Atenea y Omar, también estudiantes en La Central, participaron en algunos de los cortos de Edu y Ale, y así fue como nos juntamos.

Juntos logramos unir muchas ideas de cine, interpretación y de música, consiguiendo material bastante bueno que nunca publicamos, que ha quedado guardado en mi ordenador. Dentro de este inédito material, estaba un vídeo de una de mis canciones, que grabamos en la Colonia Tovar. Esto sin duda, estará siempre en mis recuerdos.

Nuestras vivencias siempre han estado acompañadas de un toque de magia, de misterio o de algo que a mí siempre me ha parecido que poca explicación puede tener, y ese viaje no fue precisamente la excepción. Desde que los conozco, mi vida se convirtió en un manojo de experiencias que me hacían preguntarme una y otra vez cómo terminaría esta gran película de la que éramos todos protagonistas.

II

Era un sábado lluvioso del mes de agosto de aquel peculiar año 2006, cuando hicimos ese viaje para grabar el video de mi canción, hace casi diez años. Un día de esos que no sorprende en absoluto una lluvia torrencial muy breve, seguida de un intenso sol con un cielo claro y despejado, pudiendo posteriormente observar el majestuoso arco iris en el horizonte.

El día anterior, estuvimos considerando varios destinos porque queríamos acertar con el lugar perfecto. Queríamos un paisaje montañoso, un poco de niebla, frío a ser posible, tranquilidad, belleza, en fin, un pueblo que nos ayudara a tener un gran resultado audiovisual, por eso escogimos La Colonia Tovar.

A las siete de la mañana sonó mi móvil. Era Aaron, emocionado me decía que llevaba ya media hora despierto. Encontré bastante absurdo el hecho de que me llamase desde la habitación de enfrente, con acercarse a tocar mi puerta habría sido suficiente, pero así era Aaron, no creo que tuviese mucho remedio.

-‘’Cornelia buenos días. Espero no haberte despertado. Llevo media hora esperando que el reloj marcara las siete para llamarte’’- Hablaba emocionado

-‘’Hola Aaron! Pero ¿Qué haces llamándome? ¡No sé por qué me sorprendo! -Respondí aún medio dormida

-‘’ Vente a la cocina, vamos a tomarnos el primer café de los muchos que beberemos hoy!’-Me insistió con vehemencia

Después de unos guayoyitos, guardamos todo en la Cherokee y emprendimos la ruta. Estando ya en la carretera, cuando llevábamos unos 30 minutos de viaje, miramos hacia un terreno vacío con rejas viejas, rotas y vimos que había un perro, un negro cachorro de unos cuatro meses más o menos. Lo recogimos y decidimos convertirlo en nuestro compañero de viaje, le llamamos Simba. Afortunadamente, había una zona de servicio en donde pudimos bañarle, comprar un poco de comida, y unas mantas para colocarlas en el asiento trasero, de forma que pudiera ir cómodo.

A medida que nos adentrábamos en la Colonia Tovar, estando todavía en la carretera de acceso desde el estado Vargas, notábamos que poco a poco había menos coches. Llovía fuerte y hacía mucho viento, aunque en tan sólo unos minutos, vimos como pesadas y grises nubes se iban empequeñeciendo, desaparecieron y salió el sol. Estábamos en un punto alto cuando advertimos en la colina a la derecha del camino, unas casas muy viejas, aunque con mucho encanto. Parecían vacías y otras estaban casi en ruinas. El perrito se asomaba por la ventana del coche hacia esa zona mostrando mucho nerviosismo, estaba todo muy solitario por lo que pensamos que sería buena idea grabar allí algunas tomas para nuestro vídeo.

Resolvimos parar en la ladera y adentrarnos en este lugar abandonado. Repentinamente, la niebla volvió para cubrir casi todo el paisaje, el sol dejó de brillar y comenzó a hacer bastante frío. Notaba a Simba muy impaciente, tiraba de la correa como si quisiera llegar primero. Conforme nos acercábamos, su emoción se convertía en miedo y rabia. Comenzó a ladrar hacia las casas en ruinas y corrió hacia una de ellas. Salió con la misma rapidez con la que entró y ya estado afuera le vimos tiritar. Al asomarme a la ventana desde fuera, vi algo dentro que se movía velozmente, pensé que podía ser algún araguato que estuviera rondando la zona, pero estaba totalmente equivocada. Aaron me dio un tirón en el brazo que casi me lesiona y empezó a gritar justo en el mismo momento en que sentí una mirada fija en mí que provenía de la casa en ruinas.

-‘Cornelia vamos, coño corre! ¡¡¿¿Qué carajo haces??!! Vámonos!!!’-Gritó Aaron desesperado

-‘Pero qué…¿Qué mierda es esa??!!’-Le pregunté entre llantos y gritos-

Agarré al perro en brazos y echamos a correr. Nos perseguían dos primero, pero luego se fueron sumando más. Cuando volteé un segundo para que ver qué demonios era, me quedé atónita y me caí. Aaron se encargó de Simba, yo me levanté como pude dejando atrás una de mis zapatillas, así seguí sin parar en dirección a la camioneta. Eran unos seres extraños, altos como de metro ochenta, sin pelo, ropas negras, rasgadas, tan pálidos que sus pieles eran casi grises, no llevaban zapatos y no sé si aquello era una nariz o simplemente dos agujeros en medio del rostro. No creímos que llegaríamos al coche sin que nos alcanzaran, pero de pronto nuevamente, la niebla se empezó a disipar y en un punto en concreto de la colina se detuvieron, parecía como que algo no les permitía avanzar. Arrancamos a toda velocidad para dirigirnos hacia el hotel Selva Negra, en donde íbamos a dormir hasta el domingo.

III

Aún con las caras pálidas, entramos en el hotel para hacer el check in. El recepcionista, nos miraba extrañado preguntándonos si estábamos bien. Le dije que habíamos pasado un pequeño susto en la carretera, pero que no había nada de qué preocuparse.

-''Es normal, con lo del Festival, estaría el camino repleto de coches, espero hayan tenido cuidado, ¿seguro que no ha pasado nada y que se sienten bien?''- Insistió el recepcionista

-''El caso es que en la parte alta de la carretera, no había ningún coche, estábamos solos, nos extrañó porque sabemos muy bien que el *Kammermusikfestspiele atrae a muchos turistas''- contesté extrañada.

-''La entrada por la parte alta de la carretera está cerrada desde hace ya muchos años, ¡pero muchos! Hará unos 40 años por lo menos. Imagino que te estás confundiendo con el otro acceso desde el este' -Replicó el muchacho.

'No creo que fuese el acceso desde el este, estuvimos cerca de una colina, vimos las casas en ruinas, tuvimos que…-Aaron se vio interrumpido por el recepcionista.

' Bueno bueno…no me estarán vacilando…o si? Todo el mundo sabe que ese acceso está prohibido. ¡Tampoco es fácil acceder ni para los curiosos! Hay un muro y la carretera está tan estropeada que no me creo que alguien se atreva a subir allí, a ver si se matan con tantos huecos y piedras. Suele haber derrumbes y deslizamientos,

casi siempre los servicios de limpieza están ahí con las grúas moviendo rocas y tierra- Explicaba el empleado.

‘No vimos deslizamientos, ni tantos huecos en el asfalto como dices, lo que si vimos fue como…’ – De nuevo el muchacho interrumpió a Aaron con su alto tono de voz, no dejándonos terminar ninguna frase-

-’Pues claro que no lo vieron, porque seguro que entraron ustedes por otro acceso. Mira, a esa zona solo entra la gente que lo limpia y están un ratico y se van. Es que la gente le tiene miedo. Por lo que cuentan los abuelos del pueblo, esa zona está maldita. Parece que en los años cincuenta, era una especie de aldea. Con el desarrollo económico y la construcción de carreteras esa aldea estaba destinada a desaparecer. Se cuenta que los que vivían allí se enzarzaron en una lucha para que no les quitaran sus casas ni desapareciera el lugar. Dicen las malas lenguas que muchos de ellos practicaban magia negra y que empezaron a lanzar conjuros a diestra y siniestra a todo el que tuviera relación con esa construcción. La carretera al final se construyó, los carros empezaron a acceder por ahí, pero todos los días se mataba alguien, y decían que todos absolutamente todos los cadáveres tenían los ojos abiertos y una expresión de pánico en el rostro, como si algo les hubiera asustado antes de morir. Años más tarde, cerraron el acceso y las ruinas de las casas que habían quedado, fueron removidas. Se dice que no quisieron guardar ni un solo ladrillo del miedo que le daba a todo el mundo tocar cualquier cosa que perteneciera a la antigua aldea o la carretera. Aunque fue una aldea muy bonita en su tiempo, la gente no quiere ni mencionar ese asunto, yo se los cuento porque no me lo termino de creer, pero la gente aquí no pronuncia palabra al respecto. Les recomiendo que no pregunten mucho por ahí porque se van a ganar unos cuantos enemigos’’- Y así terminó su relato con una incrédula sonrisa.

Después de registrarnos y a duras penas poder cerrar la boca ante lo que escuchábamos, nos alejamos de la recepción y acordamos que después de dejar las cosas en nuestras respectivas habitaciones, nos encontraríamos allí en el lobby del hotel.

Quisimos centrar nuestra atención en el Kammermusikfestspiele y así distraernos de aquel susto. Al leer el programa vimos que estaba a punto de empezar uno de los conciertos, así que nos aproximamos apresuradamente a la estancia. Entre la multitud creímos ver en repetidas ocasiones a los seres extraños de la colina, sin embargo, nunca sabremos si era solo sugestión o de verdad aparecían por alguna razón. Debido a lo espectacular de la ejecución musical, olvidamos lo anterior por un

espacio importante de tiempo, disfrutando plenamente del festival. Al salir, aprovechamos para grabar imágenes un rato en la plaza, así como también fuera de la iglesia con la intención de llegar a Caracas con algo con lo que hacer un buen montaje para mostrárselo a los muchachos. Aaron siempre lo negó, pero yo estoy segura de que uno de los seres de la colina salía en el vídeo, pero aparentemente sólo yo podía verlo.

Exhaustos, subimos a las doce de la noche a dormir o al menos a intentarlo. Tuve una pesadilla en la que los seres extraños de la colina me seguían a donde yo iba, torturando mi mente desde el silencio, desde la profundidad de su implacable mirada, sin poder escapar de ellos ni siquiera por un segundo. Me desperté exaltada, y gracias a que Simba estaba conmigo en la habitación, al verle y abrazarle volví a la calma cayendo por fin en un corto pero profundo sueño que me permitió al menos descansar brevemente.

Por la mañana, a las ocho en punto nos fuimos del hotel y volvimos sin decir una sola palabra durante todo el recorrido de vuelta a Palo Verde.

***Kammermusikfestspiele.** *Es un Festival de Música de Cámara celebrado en la localidad aragüeña ‘Colonia Tovar’. En la realidad, su primera edición fue en el año 2013.*

El Lugar

Parecía que no se iba a ver ninguna estrella. Estaba completamente a oscuras. Yo seguía caminando, no tenía miedo, aunque no veía casi nada. Continué hacia adelante, luego debía ir a la izquierda, y después de completar quinientos metros más, llegaría al lugar.

Creo que iba por la mitad del recorrido cuando se empezaron a disipar esas densas nubes y pude ver algunas estrellas, la luna, luna llena, que según mis cálculos no correspondía hoy. No me detuve a analizar la situación para no malgastar tiempo, el cual no me sobraba, y quizá perderme desviándome del camino, si me despistaba.

Esperaba no encandilarme, aunque no debía pensarlo demasiado. Cada sesenta segundos me iba repitiendo: ‘No lo pienses, obedece a tu instinto’. Esto me ayudaba, dejándome llevar, como si me entregara a la corriente del río.

Pensaba que estaba más cerca, me dolían las piernas, aunque no me inquietaba porque sabía más tarde no las necesitaría.

Podía ver el gran al almacén y el bosque. Cinco árboles en línea, luego un espacio vacío, otros cinco árboles, pero esta vez en diagonal y más espaciados. El bosque se veía más tupido. ‘Cuenta doscientos pasos y la verás’. Allí estaba, la veía. Nevaba, el cielo se había vuelto blanco, una luz muy intensa me cegaba por momentos. Volví mi cabeza hacia atrás y el bosque había desaparecido. Miré hacia abajo y todo estaba más pequeño hasta que ya las formas eran indefinidas. Volvió a ser de noche, la luz y la nieve ya no estaban.

La luna estaba muy cerca y yo cada segundo me alejaba más y más de todo a lo que había pertenecido…

Y líbranos del mal, amén…

Veintitrés horas más tarde, llegaba su gran momento. Era una larga espera que hacía su boca salivar. Sabía perfectamente que cada noche obtendría una recompensa por vivir en la oscuridad, por ser única, por ser cruel y por existir sin verdaderamente vivir. Conforme se acercaba ese instante, sus latidos incrementaban su velocidad de una manera atroz.

El último parroquiano era el agraciado. Se persignaba al entrar, se concentraba en sus oraciones y se despedía con un profundo ‘Y líbranos del mal, amén’. De nuevo, se persignaba al terminar, se levantaba del suelo y repentinamente se topaba con la enorme criatura de intensos ojos verdes, mirándole fijamente.

Si estabas muy quieto y atento, podías escuchar el ruido de sus dientes al masticar los humanos huesos…